
MASA MADRE

Soledad Gasman



© SOLEDAD GASMAN
Edición 2023
MASA MADRE
Registro de Propiedad Intelectual Na 304.680 ISBN: 978-171-4748-48-8

MASA MADRE

Soledad Gasman

Tengo la falsa idea de que algo hay que se adhiere por un momento, algo que tiene redondez, peso, profundidad y que forma un todo completo.

Virginia Woolf

Los peatones llenan las veredas en medio de los bocinazos de microbuses y autos. Como racimos de insectos se internan en las entradas al metro y desaparecen tragados por la escala que baja a la estación. Desde allí sube Sara, camina unos pasos, entra al hall de la universidad y se detiene frente a un gran lienzo que anuncia la presentación a la que asistirá.

Bajo el título *Autorretrato pintando* se muestra en enormes dimensiones la reproducción de un óleo, firmado *Couve*. A la izquierda, una franja de tela sin pintar coloreada sólo por una mancha gris diagonal que desde el medio gotea hacia su parte inferior. A la derecha, entre pinceladas en colores negro y gris oscuro, dos claros luminosos corresponden uno, a la mano del pintor con el pincel, y otro a las mejillas y nariz de su rostro. En el extremo derecho y de arriba abajo, otra mancha, ahora color gris café se matiza de celeste en su sombrero, el cuello de su camisa y bajo la mano que sostiene la paleta.

A Sara esa división tajante la hace pensar en algo inconcluso. Podría dejar ella un espacio en blanco en sus escritos. Un grupo de planas con segmentos de frases o palabras sin terminar, pareciera que no. En un poema sí, pero al narrar,

cómo funcionaría. Buscará la biografía de *Couve*, concluye y se dirige hacia la sala de conferencias, aunque antes de entrar mira otra vez al lienzo: a pesar de la parte no acabada, ¿o será gracias a ella que los matices luminosos se encienden como faros llamándola?

La sala está llena. Sara se cuela como puede entre el público hasta que logra ver a la expositora: fue una de las tres niñas a las que espiaba y perseguía en una casa de playa a sus diez años. Estaban de vacaciones al cuidado de una señora... No ha olvidado ciertos hechos ocurridos en ese verano de 1964. Ahora al escuchar y ver la forma segura y desafectada de exponer de la que fuera su amiga de la infancia, se confiesa con labios crispados que le gustaría poseer esa soltura y tener un público numeroso para sus escritos, se está diciendo cuando la expositora proyecta en la pantalla una miniatura medieval:

-*Fray Rutilus* es un ejemplo que muestra a la vez, el que pinta, el pintar y su resultado - dice la voz.

-En esta imagen se puede ver claramente al pintor... aquí al centro, en el momento de pintarse. Observen cómo él mismo se pintó dentro de la parte inferior de la letra *r* de su nombre,

como si intentase protegerse...o mimetizarse, haciéndose parte del texto, diríamos. Victor Stoichita, el historiador de arte que ustedes deben conocer, llama *textualizado* este modo peculiar de autoretratarse.

Peculiar autorretrato, repite Sara en voz baja con la vista fija en el centro de la miniatura medieval. Entre sentado y en cuclillas, el monje pintor levanta el pincel con notorio esfuerzo para terminar la 'r' de su nombre.

-Según Stoichita, sigue la conferencista, la historia de la pintura muestra otras formas de autorretrato tan admirables como ésta. Les adelanto sus designaciones: el autor disfrazado, el autor invitado, el autor integrado.

La segunda parte de la charla se inicia con la proyección de *El cortejo de los reyes magos*.

-Les hablaba de los distintos modos de autorretratarse en la pintura y nombré el disfraz. Allí el pintor se pinta camuflado, ello ocurre en *El cortejo*...- Si observamos bien, en este segundo plano, Benozzo Gozzoli, su autor, interpreta el rol de un personaje presente en la historia del cuadro. La representación de su cabeza lleva este bonete rojo en el cual ha escrito: *opus benotii*, un indicio que nos permite conjeturar

su deseo de ser reconocido como autor, aunque no plenamente. Veremos otras pinturas en las que ya el disfrazado se transforma en protagonista de la historia, como dice el historiador Stoichita.

La mente de Sara empieza a dar vueltas. ¿Escribirse *disfrazado* es distinto de retratarse pintando? ¿cómo sería hacerlo de protagonista?

Ahora les pido –dice la expositora- que se detengan en esta nota de Montaigne.

Pintándome para otro, me he pintado a mí mismo con colores más claros que mis colores anteriores. He hecho mi libro, en la misma medida en que el libro me ha hecho a mí, libro consustancial a su autor, con una ocupación adaptada a mí, parte de mi vida. Montaigne, Essais, II, 18.

Sara ya no oye más. En las palabras de Montaigne está dicho lo que ella escribirá, eso de ‘pintarse para otro adaptando parte de su vida’. Ahora las frases propias arremeten y presionan... Saca su libreta de notas, garabatea unas oraciones, se interna en el bullicio de la ciudad y regresa al campo donde vive.

La retratada retratándose, escribe Sara. Se pone de pie, lee unas notas que tiene escritas sobre la novela *Las olas* y aquellas tres niñas de la casa de la playa donde estuvo una temporada vuelven a su memoria.

A través de la ventana de su escritorio observa los arbustos del jardín, el sendero que lleva a una fuente, un pájaro que posado en las ramas altas de un árbol infla su pecho color barquillo.

-Tziiip tziip...- escucha Sara y piensa que ya tiene lo necesario para empezar a escribir, pero, ¿está preparada para hacerlo? ¿No necesitaría más elementos? ¿Más información? La mañana se acaba, otras aves revolotean la fuente, la tarde y las semanas pasan y de sus dedos no sale frase alguna.

Quiere escribir. ¿Para qué? ¿por qué le urge realizar precisamente ‘ese’ oficio solitario, ingrato, incierto? Además, ¿sabe hacerlo, sus escritos anteriores no le demuestran ya de manera suficiente que no tiene el talento, la habilidad...? Qué busca, halagos...comunicación?; ¿ser visible?; ¿dejar una señal, trascender? Por otra parte, ¿qué sentido tendría escribir sobre el tema que ha escogido? ¿a quién más podría interesarle la aplicación de hitos pictóricos en la escritura? A ella le

parece fascinante, pero ¿al público, a los lectores, o escribiría para leerse?

Sea cual sea el resultado de lo que realice, se dice, al observar la miríada de pájaros que revolotea afuera, siente la urgencia, el apremio de posar los dedos sobre el teclado y de leer sus frases en la pantalla. Empezará con aquella idea, hará el trasvasije, entuerto o mezclanza. Su *masa madre*, como ahora se le ocurre llamarla. Vuelve a leer sus antiguas notas de *Las olas* y de pronto se pregunta por qué no trabajar a dúo. Otra persona también podría tomar las hazañas difusas de aquellas tres heroínas woolfianas y luego entrecruzar los relatos. ¿Por qué no?

¿Sí? Una *masa madre* a cuatro manos, hecha a partir de una maraña de monólogos, unos cuantos sucesos del pasado de cada uno y... ¿resultaría la masa única, la obra que pretende? ¡Claro que sí!, se convence un amanecer frío y oscuro en que despierta optimista.

¿Pieza única, quiso decir, original? ¿Existe tal cosa?; y si ello fuera posible, ¿tendrá el coraje y el talento para llevarlo a cabo? Ni talento, ni coraje. Un grupo de pequeñas manchas

negras parte raudo hacia una quebrada y otro se acerca a la fuente cuyos bordes se tiñen de negro.

-Serían interesantes esas dos versiones, más si las vas a insertar en otra época y lugar- le comenta una amiga. Sí, piensa Sara, tener un segundo a bordo es una buena táctica. No es mala idea, discurre otros tantos días mientras busca a la persona adecuada. Pero, cómo elegir: están los que la adulan, los superficiales, los que saben (a éstos es a los que más teme). Una tarde en que la lluvia azota su ventana, cree dar con la persona. Otro escritor, uno que se oculta más que ella.

Hacia allá se dirige. Expone su idea. Defiende la mezcla. Anticipa desmadres e incoherencias... y él se niega rotundamente a lo que sería un juego ¡así lo llama!

La masa de Sara se viene abajo: no le gustan para nada los juegos. No es de espontaneidades, puede hacer como que se divierte, pero de ahí a jugar de verdad. ¿Está el azar en medio de una actividad tan seria como la escritura? ¿Es verdad eso de que los personajes siguen solos su camino, que una escena lleva a la otra? A ella no se le dan ni esa fluidez ni aquella versatilidad.

Elimina la posibilidad de *relato a duo* y sin escribir ni media línea, al correr de semanas primaverales, de muchos ires y venires de distintas aves a la fuente, se permite un giro *linguístico*. Modifica la expresión 'juego' por 'ejercicio'.

Un ejercicio que irá tomando forma a medida que avanza. Esto le suena mejor. Ejercitar. Hacer pruebas se parece a los experimentos de laboratorio. A ella le viene muy bien la gravedad áspera del científico que la llevaría a releer y subrayar por enésima vez otras novelas de Woolf, sus diarios, sus cartas. Aunque más que releer y subrayar, lo que la atrae sobretodo es el carácter de preámbulo que tiene el significado de la palabra *ejercicio*. Eso de no estar todavía *en* la escritura misma, en el texto concreto, se confiesa y sigue amasando conjeturas mientras una tenca introduce su pico en el agua.

Ir hacia el texto, rodearlo, alejarse, regresar: ese truco ya tiene el cariz de escritura (aun cuando de palabras escritas: ninguna todavía). Y, como eso de leer por encima tampoco le anda, la tarea de re-leer (lápiz en mano) es todo un hacer que semeja estar *en* ello.

Con *Las olas* en el bolso se va a un café, hace anotaciones, resúmenes. Compara escenas, diálogos y levanta la vista hacia los transeúntes...

- ¿Estudia? - le pregunta el mozo.

- ¿Yo...? Sí... -responde con una mueca inocente.

- ¡Qué bien nunca es tarde! - le sonrío el joven y ella casi, casi le aclara que... pero prefiere volver a lo suyo.

Apura el café: subraya, anota y siente que por fin se acerca a su objetivo. Aspira el fuerte olor a masa horneada que empieza a impregnar sus días: ¡aquello es la escritura cómo explicarlo!

En medio de un verano de piedras ardientes, ‘el ejercicio’ la obliga a leer rumas de subrayados en distintos colores de los que debe extraer su *masa madre*.

- ¿Tanto así? - le preguntan.

-Sí, tanto. De otro modo estoy tergiversando- agrega Sara.

- ¿Y no se trata de eso la ficción? -

¿Ficción dijeron? ¿qué es lo que escribiré entonces, era eso lo que ella había pensado?

-Bueno, sí...parece una... ficción, pero en este caso me atengo a otros parámetros...- señala muy seria, sin saber

exactamente a cuáles. Porque... habrá una historia o varias que avanzarán en el tiempo, es verdad. No obstante, ¿serán ésas lo importante, su entrecruce o, el trasvasije pintor escritor? En parte lo uno y en parte lo otro, se dice llena de un misterio que no quiere aclarar. Por último, se alegra de no dar una explicación a su amiga. Aun cuando la literatura pareciera ser (la afirmación a raja tabla la compromete demasiado) su campo.

Entre cafés, conversaciones a dúo o sola, pájaros en vuelo frente a su ventana, avanza en su re-lectura, en los subrayados, en las notas al margen. Cuando considera que su masa ya llega al punto preciso de elevación, las heroínas de *Las olas* se desbordan, chorrean, y ella plena del optimismo lanza notas al aire y se confiesa que lo mejor de su ejercicio es que, el reto a escribir sobre *esa* obra críptica y polifónica, la hace sentir audaz y a la vez profunda.

-Todo lo de Virginia Woolf es oscuro y de una densidad...dios mío... ella se suicidó, nadie entiende esa novela - escucha por ahí.

Pero ella si entiende...después de, claro, ¡la de veces que ha debido volver atrás, anotar y re leer! De manera que las

personajes woolfianas la esperan en los pasillos de su casa. Aletean sobre su cabeza y no sabiendo cómo zafarse de ellas (se estará volviendo loca) las deja hacer. Cuando más la merodean, más le viene una cierta tranquilidad, una cierta seguridad, algo como una autorización timbrada para apoyar sus dedos sobre el teclado. En realidad, para “re-escribir” la historia de ellas, se aclara un medio día brumoso. Eso es lo que hará en su ejercicio, tenía razón su amiga: las re-escribirá insertándolas en su país y tiempo. Entonces, le surge un nuevo problema.

Se ha dado cuenta que esas heroínas se le parecen y no sabe si es así o es sólo su deseo de que así sea. Ser como ellas le gusta sobremanera. La emociona. En realidad, ¡a veces se encuentra igual! Cada una a su modo la refleja, pero ese hecho ¿la autorizaría para echárselas al bolsillo? Porque es lo que hará. Copiarlas y remodelarlas con el revoltijo ese que ha inventado, su *masa madre*, su ejercicio alucinante de mirarlas y mirarse.

Aquello de imaginarlas dentro de su propio reflejo le suena extraordinario, interesante a más no poder, aunque... se queda varada en medio de la página otra vez. ¡Eso es mostrarse y

para más remate, utilizando creaciones ajenas! ¿No será demasiado?

Posa la cabeza en su mano izquierda. Se siente extenuada y ciega. Aturdida de seguirlas y seguirse, de escucharlas y escucharse. Apoya ahora la cabeza en su mano derecha y empieza su ejercicio...

Verano de 1964

Tres niñas, vestidas con delantales azules de puños y cuellos blancos, se acercan por un camino costero. Más allá del camino, las planicies de arena y tierra forman superficies como paños puestos a secar. La casa donde veranean al cuidado de una mujer, se levanta frente al mar. En su jardín se divisa otra niña oculta entre los arbustos. Las tres de delantal azul caminan tomadas de la mano. Sus voces se mezclan con el sonido de las olas que en este momento resuena como el pasar de una banda de tambores.

-Juguemos aquí. Aquí quiero jugar. Aquí, aquí donde mi zapato aplasta la tierra cuando la luz de la mañana atraviesa mi cabeza y me arma una corona. Ellas dos no saben dónde empezar. Se quedan mirando el paisaje. Miro hacia delante, la casa donde veraneamos, por allá está la señora que nos cuida y ‘la nueva’ escondida. Cómo se llama, me gusta mi nombre. No empezamos nunca. Quiero empezar- dice Ximena, golpeando la tierra con su pie.

-Para allá está el manzano. No sé si es aquí donde quiero jugar. Su marca sobre la tierra me molesta, no deja cabida a que busquemos. Cogeré este pajarillo que veo tan quieto. Sus plumas son muy suaves. La cabeza se le cae, se la tomo y la enderezo... pero se vuelve a caer. ¡Oh! es un pobre pájaro sin sostener la cabeza... sin respirar . Nosotras estamos vivas, de pie y venimos cantando tomadas de la mano. Este pajarillo... Nosotras respiramos y nos llaman 'las niñas'. Este pajarillo ... quisiera salir de llamarme 'las niñas', de los cuidados y recomendaciones, saltar afuera y mirar; ver qué pasa allá lejos, más lejos que esas planicies que se ven desde aquí, allá donde nadie sepa dónde. Pero me quedo y me pliego aún...- dice Romina, detenida señalando el manzano.

-Ximena golpea la tierra para que juguemos en el lugar donde nos indica. Romina coge ese pájaro muerto y yo me siento sobre la hierba y mis manos se deslizan sobre estos pastos que acaricio como si fueran mis hijos. Ahora los acuesto... y su humedad se me adhiere así la tela pegajosa de un 'parche curita'. La herida de este dedo no se me sana- dice Susana.

-¡Miren el manzano! Ese árbol con forma de espantapájaros que imito al señalar el desvío que desciende al valle. Sus ramas tienen nudos y se tuercen, mis brazos están lisos y estirados como las astas de un avión que planea tal cual hago ahora...- dice Ximena.

-Ximena hace como si planeara y está mostrando el manzano, pero yo sólo puedo ver que ahí anoche se ahorcó un hombre. A los ahorcados les cuelga la cabeza como a este pájaro muerto cuyo cuerpo ya se va poniendo rígido y frío aquí entre mis manos. Necesito ponerlo en la tierra antes de que se enfríe completamente, pero Susana está sentada sobre la hierba y no me deja espacio. ¿Estaría frío el ahorcado cuando lo encontraron hoy en la mañana? ¿Dónde estará su cuerpo ahora? – dice Romina.

-El ahorcado era un hombre malo. El mal y el bien viajan por el cielo que estoy mirando recostada en la hierba. Allá detrás de las nubes la verdad y la mentira forman líneas que se cruzan como bandadas de pájaros al vuelo. El paraíso anida

en esa nube que asoma desde el oriente y el infierno lleno de fuego se esconde detrás del sol. Mi papá me asegura que me iré al cielo donde está mi mamá. ¿en qué parte estará ella? No la veo y me siento insignificante, es tan inmenso todo- dice Susana.

-¿Quién dijo que era malo? Mi abuela me ha enseñado a no fiarme en los rumores. Son historias que se deshacen como globos de espuma. Me enoja que Susana y Romina repitan lo que oyeron como esos tordos que van pasando: cantó uno y los demás se alejan y cantan igual detrás suyo- dice Ximena con otro golpe en la tierra.

-El jardinero hablaba con la del aseo. Le contaba que el tipo ayer había violado a su novia ...- agrega Romina.

- ¿Violado? -pregunta Susana y levanta la cabeza del pasto.

-Tomó la bicicleta. Vi que la niña de pelo crespo cogió una de las bicicletas y ahora se desplaza a toda velocidad hacia el valle. Desde aquí, desde el jardín de esta casa donde veraneamos junto al mar, veo a las que venían caminando. La rubia también toma una bicicleta y trata de alcanzar a la primera. Asomo mi cuerpo, lo separo del rosal para no perderlas de vista. Me he clavado el brazo y el rostro, tengo un poco de sangre en mi dedo pero quiero saber lo que ellas hacen y, en este momento, las veo como dos puntos que se alejan... y se juntan en la distancia- dice Sara.

-Avanzo y avanzo pedaleando. La alcanzaré. Me retraso al levantar una y otra pierna. No me importa que ella vaya adelante, yo suelto mi mano derecha del manubrio y no me caigo: ellas no saben hacer esto... -dice Ximena.

-¡Se fueron! Mis pastos siguen húmedos, su rocío queda en mis dedos, me gusta esta humedad que se me adhiere a la piel. Quiero guardarla, que no se me escape, que no se evapore. Ximena y Romina ya se fueron, no me esperaron. Las lágrimas me vienen como si me abrieran una llave en los ojos.

No hay nadie aquí a mi lado. La nueva que está mirándonos escondida detrás del rosal es nadie. Nos molesta su querer saber lo que hacemos ¿para qué quiere saberlo?- dice Susana.

-Esta niña nueva no se integra con las otras tres. Cada rama en su lugar, a ésta le corto un poco el tallo y levanto esta rosa blanca para que sobresalga. Un ramo de flores bien hecho, terminado y hermoso, redondo y completo como este día de sol...ahuyentará la desgracia: las pequeñas no deben saber del hombre que se ha ahorcado. Sería muy inconveniente que volvieran a sus casas a contar esta historia- dice la mujer al cuidado de las niñas.

-Estoy aburrida...ya no me interesa alcanzar a ésta o a aquella. Tiro la bicicleta al suelo ahora que la mujer que nos cuida coge el arreglo floral, se dirige al comedor y mira hacia la playa. ¿Qué mira de esa manera?- dice Ximena.

-Iré más lejos en la bicicleta. Ximena se ha detenido pero yo quiero seguir y que no sepan dónde estoy- dice Romina.

-La espuma de las olas agitándose allá lejos me conmueve, años de años lo mismo mientras... somos como luces y sombras persiguiéndose... Es un día maravilloso, resplandeciente. Un buen día para tomar la foto anual- dice la mujer al cuidado de las niñas.

-¿Qué haremos esta tarde señorita?-pregunta Ximena con voz perentoria.

La mujer sigue observando las olas.

-¡Bajemos a la playa! Mi voz resuena detrás del sonido de las olas que avanzan y retroceden en este momento. La marea ruge allá abajo en la arena y mis piernas corren impulsadas por algo...qué es. Como las olas sin cesar. Desde la playa me llega ahora el sonido de las piedras arrastradas por la marea. Me llegan gotas de espuma. Romina y Susana que venían corriendo como yo, se han detenido detrás mío. Levanto mis manos, doy un paso adelante, separo unas ramas, dejo al

descubierto el cuerpo de este niño que me espera recostado sobre la tierra y me inclino hacia él- dice Ximena.

-¿Lo ha besado?- pregunta Susana a Romina cuando un grupo de gaviotas grazna alrededor de un ciprés y el rostro de la nueva aparece detrás.

-¡Lo besó! Ella lo besó primero y nosotras estaremos siempre atrás. Ella fue la primera, ella se adelantó. Yo también quería besarlo. Retrocedo, escondo mi cabeza en mi pecho, estiro mis hombros para ocultarme, no quiero ser vista. Me avergüenzo de mi querer ser la primera y no serlo, me avergüenzo de mi- dice Romina.

-¡Vamos a la playa!- grita Ximena

-¡Miren, la nueva nos está mirando! Nos acusará. La nueva prefiere mirar y acusar. Mirar y contar después lo que se le ocurre, así nos deja sin opción, esto que nos ocurre habrá sido como ella lo cuenta y no como es en realidad. Lo real es esto

que siento ahora, esta tristeza, este pesar que ella no sabe, que no conoce ni siente- dice Susana.

-Nadie me ve desde aquí. Mis ojos se asoman, mis oídos siguen las voces. Me buscarán, me llamarán y me quedaré callada mientras guardo y atesoro lo que me muestran ellas. Soy como un buzón en el que voy echando gritos, risas, ruidos. Desde acá las veo besar, correr, las oigo gritar mientras yo guardo. Hay cavidades en mi cabeza, compartimentos para almacenar estas cosas que ocurren, pasadizos en mi cerebro, resquicios detrás de mi frente despejada y grande, repisas escondidas en mi memoria- dice Sara, la nueva.

Verano de 1966

En la casa de la playa las olas golpean ahora la arena y el viento dispersa las pocas nubes que aparecen como aves despistadas en el cielo.

-Susana me está preguntando por mi mamá. Por acá no pasan aviones. Aquí sólo se escucha el ruido del mar. No me acuerdo dónde está mi mamá en este momento. Estará en algún lugar del mundo me cuenta mi abuela y yo me la imagino atendiendo a los pasajeros en un avión, llegando con su pequeña maleta a aeropuertos desconocidos. La última vez que vino...su boca olía a trago- dice Ximena.

- ¿Y te acuerdas de ella a veces...? El recuerdo de mi mamá es como ese ruido que hacen ahora las piedras arrastradas por la marea. ¡Cómo puede ser que una no sepa dónde está la mamá si está viva y se la puede ver! Yo me invento a mi mamá. La veo abrazándome, acercándose a mi. Qué injusta es la vida- dice Susana.

-Cuando salgo no me acuerdo nunca de mi mamá. Prefiero observar los peinados de Ximena ahora: con chasquilla, sin ella, con un moño, con el pelo suelto; todo hacia el lado izquierdo, todo hacia el lado derecho. Mi mamá es una roca que las olas golpean día y noche. ¿Será por eso que sufre de jaquecas, será por eso que fuma tanto? Desde que cumplí doce años me molesta su resistencia y dureza, su aplomo impasible, su olor a cigarro. La odio, odio todo lo suyo. Su modo altivo de caminar. Su olor. Los incontables suspiros que da mientras moldea sus cerámicas. Si dejara de verla no me importaría- dice Romina.

-¡Salgamos, quiero salir de esta pieza! No te sientes otra vez, Susana. Me gusta más mi pelo suelto. Lo nuevo y me obedece como los pájaros allá en la playa que huyen al oír el golpe de una ola- dice Ximena.

-Este año no vino... ¿cómo se llamaba? Me siento en la misma cama que ella ocupó. Una cama vacía como yo, pues no tengo mamá y su ausencia es como ese silencio entre ola y ola. Me asusta su no estar y me quedo sentada en esta cama

por minutos que parecen no acabar nunca. ¿Se formará otra ola, se aremolinará el mar, reventará por fin su sonido o permanecerá el silencio?- dice Susana.

-Sara, la que vino el verano pasado, se llamaba Sara. La 'r' de mi nombre, me raspa y hiere como una astilla. La 's' vuela y acaricia como el viento. Somina...Semona, me habría gustado llamarme Simona y también Sara- dice Romina.

-¿Le habrá pasado algo? Los peligros se me vienen encima como un alud, como una avalancha de piedras ruidosas. Me sujeto a esta cama vacía. Me agarro a su respaldo para no caerme de susto- dice Susana.

-¡Nada, qué le puede haber pasado...vamos al pueblo!-dice Ximena.

Invierno de 1967

En el terminal de buses se apiña la gente junto a las boleterías. Un grupo ruidoso de jóvenes y jovencitas de entre 12 y 14 años obstaculiza el paso y ensordece con sus gritos de alegría. Semejan un enjambre formado ahí en medio de la estación.

-Llevo mi guitarra. Romina trae un libro y Susana se oculta detrás de ella. El alto parlante anuncia nuestra salida. Viene mi primo en ese grupo de otro colegio. Conoceré a sus amigos, alargaré mi lista de conocidos: Roberto, Mario, Guillermo... Le hago señas a mi primo, tiene quince años, es mayor que nosotras. Él me contesta, todos los que vienen con él me miran y yo me alargo y crezco como un ave de alas extendidas- dice Ximena.

-Cada uno lleva su nombre y el de su colegio en el pecho. Somos treinta los invitados. Ellos se nombran y se llaman. Yo prefiero mantenerme junto a Romina. Romina está pensando

en sus cosas y Ximena da brincos al lado de su primo. El chofer enciende el motor del bus ahora y nuestra guía -esa joven colorina que debe tener... ¡dieciocho años!- toma el micrófono y nos habla. Somos los elegidos para seguir la misión. Debemos encomendarnos a dios ahora que partimos- dice Susana.

-Partimos. No soporto este encierro. Estamos muy juntos todos en este bus. No hay espacio. No sé por qué vine. Sabía que me sentiría mal. Mi mamá me insistió y me convenció. Estaría tan bien en mi pieza con mis libros. Acá no se respira casi y nos quedan dos, tres horas de viaje- dice Romina.

-Sí, partimos. Estoy al lado de Romina, me siento protegida por ella que no teme a nada, tal vez un poco a sí misma. Yo en cambio, quiero y no quiero estar aquí. Me intriga esta gente que nos habla. Cuando se refieren a la misión me hacen sentir cómoda, es como si mis abuelos evangélicos estuvieran conduciéndome. Ellos vinieron a evangelizar a este país y yo sigo sus pasos de esta manera. Soy como ellos, creo, y podría

ser más adelante como ella, la colorina que nos guía con su voz aguda- dice Susana.

-Nos estacionamos por fin. Llegamos a la entrada de esta construcción antigua y desvencijada, donde una palmera solitaria muestra en su cresta tres ramas verdes. Colgando del tronco, las ramas secas suenan cuando nos apeamos del bus. Pongo un pie en la explanada frente a la construcción y en el cielo veo un pájaro que es interceptado por otro para luego volar hacia los árboles del fondo. Susana acerca su rostro a mi oído, me dice que nos ducharemos con agua fría acá y yo me sonrío. Atravesamos pasillos gélidos en cuyas paredes cuelgan figuras de santos. San Agustín, Santa Bárbara, mi cuerpo va enfriándose lentamente como el de un pájaro que acaba de morir... San Carlos Borromeo, el vapor blanco que sale de mis fosas nasales no me deja ver bien... Santa Elena... nuestros pasos resuenan en las baldosas... Santa Filomena, el pasillo se prolonga ahora que doblamos a la izquierda... San Ignacio de Loyola... las puertas dobles quedaron atrás... Santa Laura Vicuña, Santa María Santísima madre de Dios, ¿llegaremos algún día a nuestro lugar?... San Pío XII... al fin

llegamos al dormitorio de las niñas. Ximena tantea el colchón y huele las frazadas. Nos miramos las tres. ¿Qué hacemos acá? La cabeza colorina de la guía, única mancha colorida en este sitio gris nos despabila. Recogeremos leños para la fogata de bienvenida- dice Romina.

-Estamos en círculo frente al fuego que hemos encendido. La llama grande, ahora que se asentó nos congrega obligándonos a mirarla. Miro hacia mi lado, las pupilas miran fijo el resplandor de la llama, un gesto de la guía me indica que es el momento. Tomo la guitarra y canto. Canto a toda voz para que sea mi voz la que penetre las miradas. Alguien me sigue, luego otro y otro más. Ahora casi todos cantan conmigo, subo un tono mi voz para que traspase la de los demás y su sonido viaja en el aire como esas líneas de pájaros que vuelan muy alto...- dice Ximena.

-Arde la fogata que hemos prendido. Aquí estamos juntos... “en comunión” aclaró la guía, y ha pedido que nos tomemos de las manos. Yo obedezco y voy con la mía, tras la voz de Ximena; Romina en cambio, aprieta los labios y sus brazos

están tiesos como estacas... parece una momia que han puesto de pie a mi lado. Le rozo el brazo con mi mano a ver si reacciona y hace un gesto negativo con la cabeza. Por qué no quiere participar. Yo me dejo llevar, me pliego y algo aquí adentro se siente en paz- dice Susana.

-¿Qué es esto? Quiero salir de este círculo. Me hago atrás. Susana me mira horrorizada mientras Ximena canta a todo pulmón. Me hago a un lado, retrocedo...me tropiezo. No puedo con estas afecciones prestadas. No es cierta esta comunión. Ahí dentro de cada uno hay un muro que separa, una barrera que no se puede franquear. No es verdad este fusionarse. Esto es una farsa, un embuste. Yo soy única, yo soy yo. Que no pretendan mezclarme, que no se confundan. Me alejo. Cómo desaparecer de aquí si no quiero ser vista, ni señalada. Estoy en una trampa, desde aquí los veo redeados por la luz del fuego y unidos en una sola voz pero sé que no es cierto... además tengo hambre. ¿A qué hora comeremos? – se pregunta Romina.

-Nos hemos sentado junto a esta mesa con forma de ‘u’ y ahora escuchamos la voz gangosa del cura. Su boca de dientes separados despide saliva al hablar. ¿Pensará que no vemos las gotas de saliva que salen disparadas? Por qué él insiste en dirigirse a mí. ¡Que asco! Ahora habla acerca de ‘los pobres niños del mundo que sufren de hambre...’ y yo espero impaciente que llegue un plato con carne y arroz- dice Ximena.

-Me gusta como habla el cura. Si me atreviera, le contaría de la escuela del callejón donde vivo. Le diría que voy a leer cuentos a los niños. Que tal vez sea profesora rural cuando adulta y que entonces hablaré a los niños acerca de la infancia de Jesús. ¿Alguien sabe cómo era Jesús de niño? Hay estampas de Jesús recién nacido, la Virgen, José... Jesús con una pelota no he visto. Ximena se mueve inquieta en la silla, sus labios están apretados como si aguantara un vómito, ¿estará enferma? Romina busca algo en su bolso...-dice Susana.

-He traído mi libro. Aquí en mi bolsillo lo tengo. Lo cojo y lo aprieto. Leo a Marcuse ahora que todos tienen la atención puesta en las repetidas frases del cura con ‘los niños pobres del mundo’. Nadie aquí lee estas cosas. Marcuse es marxista y ellos cristianos. Yo que seré. Estamos bajo un gobierno ‘demócrata cristiano’, pertenecemos a la ‘revolución de la libertad’ dice mi mamá. Los marxistas como Marcuse hablan de la revolución que vendrá. ¿Estamos o no estamos en revolución? Re-vo-lu-ci-ón. Revolver, rebobinar, yo bobino, tú bobinas y el ganado bobino... No me puedo concentrar con esa voz del cura de fondo...- dice Romina.

-Traen los platos por fin. Veo una sopa aguada con tres arroces flotando y unas trazas de zanahoria. ¿Es esto una comida? Necesito comer, que la comida me raspe la garganta para sentir mi estómago lleno. Romina mueve los labios con sus ojos puestos en un libro y Susana observa embelasada al cura ¿se habrá enamorado del dientes separados?- dice Ximena.

-Tercera campanilla. Tenemos que callarnos. Es el final, la conclusión de estas jornadas. Estamos alborotados y revueltos. Se supone que leeremos nuestra frase. Eso nos pidieron: que escribiéramos una frase para ser leída y recordada. Así como vamos, no habrá tiempo y me libraré de esta pesadilla de hablar frente a los demás...- dice Susana.

-Cada uno lleva una vela encendida. Mi primo me ha compartido su frase. Al leerla he largado una carcajada y se ha molestado conmigo. Es verdad lo del hambre en el mundo, pero no tenía que tomárselo tan en serio- dice Ximena.

-Mi frase es una palabra. Me vuelvo hacia el oído de Susana y se la digo mientras escuchamos la campanilla. Susana parece no entender y estira sus labios hacia el lado. Me gusta molestarla. El murmullo llena la sala. Unas velas se apagan y se oyen pedidos de fósforos- dice Romina.

Otoño de 1968

-Ahí viene el tren. Hemos pasado unos días en la casa de Susana aquí en el sur: ha sido nuestra última vez...siendo niñas, adolescentes en realidad. Aquí termina la etapa de cuidados y recomendaciones a 'las niñas'. Ahora nos dividimos, nos hacemos una y otra...y otra. Yo y Romina volvemos a la ciudad para empezar lo que cada una ha elegido-dice Ximena.

-Susana se queda con su papá y seguramente se convertirá en profesora normalista. Será una profesora que entretiene a los niños, una que los lleva de paseo y les enseña nombres. Una que los protege y los hace sentir seguros...Ahí está ella, agitando su mano- dice Romina.

-Ahora nos separamos. Disimulo mi desencanto con una mueca de alegría. No me gustan los cambios. Nada me parece verdadero en este momento en que ya no somos una. Estos días juntas pasaron y ahora miraré a Ximena y a Romina como

algo lejano... me duele que se vayan. Alargo la despedida. Cruzo una mirada con Romina. Veo su cara triste ¿Estará pensando lo mismo que yo? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que volvamos a vernos... un año, varios años? Me quedo observando el tren que parte con ellas. Cada una hacia su nueva vida que nos divide y parte en pedazos. Cada una empezará...¿qué? Siento mucho miedo. Siento horror por lo que viene. Oigo el llamado de mi papá desde la camioneta. Me apuro. Ya no veo el tren por más que me restriego los ojos. Mi papá intenta animarme, vamos saliendo de la estación y un joven apostado bajo un árbol nos hace dedo, lo llevamos por la ruta hasta el cruce donde pide bajarse. Lo veo en el espejo cuando partimos, es un punto cada vez más pequeño. Avanzamos por el camino de tierra, quedan atrás los portones de otras propiedades, pasamos la línea del tren, enfrentamos la escuela.

Ahora debo decidir. Ahora debo elegir... estoy sola. Me paseo por las habitaciones de esta casa, miro hacia atrás: la playa, los juegos...no quiero mirar adelante, no quiero pensar... ¿qué haré? Delante está vacío, atrás...el manzano, esas conversaciones...suenan el motor de la camioneta de mi papá,

se ha ido, ha salido, estoy sola conmigo. No hay nadie aquí- dice Susana.

-Aquí voy en el tren. Mis dedos juegan con mis crespos. Allá quedó Susana con su vista puesta en esta ventana, haciendo señas de despedida. Ella y su papá alejándose del brazo. Susana sigue siendo una niña aunque ya tenemos dieciocho años. No estaremos obligadas a consentir. Casi soy mayor de edad. Miro el reflejo de mi rostro en el vidrio: a pesar de ser feo, es mi propio rostro. Me habría gustado tener uno como el de Ximena luego de besar al niño escondido en las ramas. ¡Cómo brillaban sus ojos claros! La he imitado frente al espejo pero mis ojos no relucen y mis labios planos no sirven para besar. Mi nariz levemente aguileña se interpone y estas cejas mías como herraduras habría que enderezarlas... todo en mí mira hacia abajo ¿Qué muestra quién soy? Quiero pintarme o escribirme y que digan, ¡ésta es Romina! Ese rancho, ese grupo de árboles, esa colina, todos permiten decir: es esto o aquello. Qué es lo que me hace ser Romina. ¿Esta cara de ave de rapiña que me devuelve el vidrio, o esta otra que pongo

ahora? Me pintaría como la que creo ser, como esa que intencionadamente imito...y también como ésta que se vuelve y retrocede hasta el fondo de qué... Mi rostro antepone una barrera, levanta una señal de peligro...aunque los campos despoblados por los que atravesamos ahora se me vuelven cercanos. Es como si ese segundo plano desintegrara el reflejo de mi imagen. Las líneas, los colores del paisaje se me acercan. Busco un lápiz y un papel en el bolso. Algo nace en mis dedos, marco líneas desarticuladas. Es apenas un segundo, ya no me gusta, arrugo la hoja de papel. Desciendo a la oscuridad- dice Romina.

-Partimos. Partir es lo que quiero. Soy un motor que enciendo, enciendo mi vida para que arranque ya. Me acomodo, arreglo la cinta roja que sujeta mi pelo y vuelvo la vista hacia el fondo del vagón: él (no lo conozco) me mira. Debe tener unos veinte años, lleva una boina sobre la cabeza y pasa su mano cada cierto rato por el pelo oscuro. Suelto el mío, siento su mirada y ya imagino que bailo con él en alguna pieza oscura, nuestros cuerpos unidos al compás de la música. El roce de nuestras manos, deseando seguir más allá. Haré una fiesta, vendrán mis

amigos y lo invitaré a él. Si se me acerca conversaremos. Puede llegar a ser el que busco, el único, el que me espera entre los demás. Echo mi cabeza atrás, dejo al descubierto mi cuello mientras mis manos juegan con los pliegues de mi vestido- dice Ximena.

-Avanzamos por campos que se alejan. Ya veo los suburbios de la ciudad en medio de una niebla grisácea que los pasajeros parecen ignorar. Observo rostros adormecidos, y empiezo a ver el costado de edificios decrepitos, algunas industrias, fábricas; construcciones amontonadas entre calles estrechas y uno que otro árbol famélico. Me pongo de pie, saludo a Ximena con la mano, sé que cualquier día de estos la volveré a ver. Me acerco a la puerta. Al atravesar la estación escucho el grito de Ximena.

-Chao, Rominaaaa-

Camino hacia la plaza desierta, en el frontis del bar veo que los hombres están tomando. Desde ahí me llega la voz del cantante español...

‘Te levantarás despacio poco antes de que den las diez,
y te alisarás el pelo que con mis dedos deshilé...’

Dejo mi bolso en la vereda. Escucho a Serrat parapetada junto
a un muro. No quiero moverme: los miembros de mi cuerpo
se han vuelto dóciles...casi no los siento.

‘... y te irás sin un reproche, te perderé con la noche...’

¿Es la melodía, el tono de la voz, la letra ...qué es lo que me
paraliza y me deja a la deriva de algo que no controlo...?

Tomo mi bolso y reanudo mi caminata; un olor a vino se
mezcla con las emanaciones de la cocina del restaurante al que
suelo venir con mi mamá. Cuando lo hacemos despachamos
los platos en silencio y regresamos a la casa, cada una a su
dormitorio.

Camino desganada, ahora escucho apenas la voz del locutor
de la radio del bar. Apuro el paso, quiero estar en mi pieza,
pasar mi mano por los libros que he ido juntando. Llego a la
esquina de la calle donde vivo ... ¡qué descuidada me parece
mi mamá ahora que la veo saliendo del almacén con un
paquete de cigarros en la mano! ¿estará en medio de una de
sus jaquecas? – dice Romina.

-Hemos llegado. En medio del bullicio de los autos y los vendedores de la estación, él, el de la boina, se me acerca por fin y me pregunta hacia dónde voy. Caminamos juntos, nuestros cuerpos rozándose entre otros cuerpos que avanzan lentamente por la avenida. Estoy en un sueño, me deslizo como si bailara y de mi boca salen frases, muchas frases que se hinchan y revientan desperdigando historias. Mis vacaciones donde Susana, cómo nos conocimos las tres en esa casa de la playa, la convención de líderes cristianas (largo una carcajada), los santos y curas que adornaban aquellas paredes azumagadas, la casa de mi abuela donde vivo, los viajes de mi mamá... hablo...hablo y ¡su altura! me gana por una cabeza, ¡cómo me gustaría gustarle! me entusiasma todo lo que veo en él, hasta la forma como cada cierto rato se pasa la mano por la melena. Necesito tomarme de su brazo, de su mano, quiero abrazarlo... pero recojo uno a uno mis deseos: está distraído. De qué hablarle ahora...observo de reojo su chaqueta, descubro que lleva un libro en el bolsillo. Le pregunto qué lee. Sus cejas hacen un movimiento e introduce su mano en el bolsillo, lo hace con torpeza, unas hojas mecanografiadas van

a dar a la vereda y junto con ellas el libro. Se apura, junta las hojas. Sus labios parecen sonreír al hacerlo; miro su espalda y el pelo desordenado que aflora de la boina. Leo el título del libro botado: Siddartha. Siddartha, repito, diciéndole que me parece un bonito nombre de mujer. Se larga a reír, no sé de qué se ríe. Sus dientes, su boca, ¿es él quien yo buscaba, será mi elegido? Me pide que pasemos por cigarros y la voz del cantante llena mis oídos:

‘Yo lo miro desde lejos, pero somos tan distintos, es que creció con el siglo, con tranvía y vino tinto, viejo, mi querido viejo...’

Acepto un Lucki sin filtro que me ofrece y que no he probado antes. Él lo aspira y el humo sale por su nariz mientras avanzamos entre la gente, esquivando cuerpos que se acercan, se cruzan... Se detiene. Tira el cigarro a medio fumar y como si viniese pensándolo hace mucho me dice que a su viejo le gustaría tener un boliche de venta de empanadas. Los viejos siempre están preocupados por ganar más plata. Tienen, pero quieren más..., le escucho decirme.

Otra vez sus cejas se contraen, me gustaría pasar mi mano por ellas para aquietarlas, pero aprieto la llave de mi casa. El

momento se empieza a desintegrar, al abrir mi puerta desaparecerá. Debo decir algo para ... ¿a él le está ocurriendo lo mismo? De pronto se larga a hablarme, sus padres viven en el campo, él viene a la ciudad en bus o tren, los buses llegan a la calle donde estamos, mi calle, sonrío...y la pregunta que he estado esperando es interrumpida por un ‘sin saber pasaba frente a tu casa’, sus ojos color pardo me miran, no quiero irme. Le pregunto si esas hojas escritas a máquina las escribió él, le pregunto cómo se llama- dice Ximena.

SELECCIONES DEL BOLETIN AL LECTOR

1969-1987

Me llamo Diego. Estoy sentado en el living de la casa de mis papás desde donde se escucha el motor de un molino. Vivimos en el campo, lejos de la ciudad. Ese molino fue alguna vez de mi abuelo paterno. Él era un viejo zorro que a los catorce años, recién llegado de otro continente, empezó a trabajar con sus primos ricos en el sur de este país. Imagino que él, al igual que yo, tampoco terminó sus estudios, aunque no dejaba de preguntar por mis notas (esas manchas como moscas aplastadas en mi libreta azul). Pero lo hacía más por encontrar algo de qué hablar. En realidad, mi abuelo era conversador, pillo y bueno para jugar. Me acuerdo una vez... quiso que lo trajera desde el molino en el carretón que yo tenía. Subió su pesado cuerpo sin sacarse el sombrero de copa e iba balanceándose mientras sonriendo me ayudaba a tirarlo con su bastón. Al llegar me regaló uno de esos dulces largos con forma de tronco y sabor a miel que guardaba en su bolsillo. Más tarde, me ofreció un puñado de monedas por debajo de la mesa porque, según decía, la plata no había que mostrarla.

Otro día me cuchicheó al oído que fuera por un cigarro al cajón de su velador.

-¿Y se lo fumó?-

Al oír mi respuesta afirmativa, sus grandes ojos celeste se llenaron como dos pozos de agua, así era ese abuelo mío. Cuando se murió, por primera vez vi llorar a mi papa. Mi abuela en cambio, su señora, es parca y tímida, ni se nota su presencia. Como si él le hubiese robado todas las ínfulas de existir.

De mi otro abuelo no me dan ganas de hablar. Fue muy pesado. Recuerdo bien su boca crispada, lista para vomitar cuando me veía por ahí. Llegaba manejando un auto chico color naranja que invariablemente estacionaba bajo el mismo árbol. Su mirada rabiosa se bajaba del auto. Caminaba por delante del vehículo, abría la puerta del copiloto y su prima pintora bajaba su estatura de metro cincuenta y ojos atentos. Yo los seguía escondido detrás de los acantos. Quería pillarles una sonrisa o una broma. Y nada, nunca. Serios seguían el protocolo que los traía a ver a mi mamá, como si nosotros no existiéramos y mi papá sólo de casualidad. Yo había oído que ella era una pintora famosa y eso me intrigaba.

Le miraba el cuerpo chico, especialmente las manos. Allí entre sus dedos debía esconderse un misterio, un truco desde donde salían esas manchas de colores pálidos que mutaban según cómo uno las mirara. Hubo días en que, parado frente al cuadro suyo que cuelga en el muro del living, yo veía un grupo de flores abriéndose y explotando por los costados de la tela. En otras oportunidades, las flores habían desaparecido dejando a la vista unas pinceladas grises y desabridas. Ayer, esas mismas pinceladas me provocaron una pena enorme, ganas de llorar a mares y eso es lo que hice: lloré para callado, como suele hacer mi mamá cuando escucha esos conciertos de piano que pone a todo vuelo en el tocadisco. Un día le oí decir a ella que su papa y la prima no se habían casado porque ella, la pintora no había querido. Esa cuestión me tiene sospechini (como diría mi papá), ahí hay gato encerrado.

La verdadera señora de ese abuelo, mi abuela materna, se instalaba bajo el parrón de esta casa, sentada en una silla de lona con visera. Vestida impecable de pollera beige y blusa blanca, movía su larga pierna derecha y entre las manos sostenía algún libro. Cada cierto rato sacaba un lápiz y escribía en un cuaderno. Yo me preguntaba qué miéchica

anotaría ahí, pero no me atrevía a más de puro chico que era. La veía dejar la lectura y recorrer con su par de ojos tristes, los racimos de uva. Cuando había elegido el mejor, me llamaba para que se lo cortara. Yo venía corriendo, traía una banca, se lo entregaba y ella me daba un beso. También le gustaban las frutillas, me decía nariz de frutilla.

Como digo, estoy sentado en el living de esta casa desde donde se escucha el motor del molino.

Estamos en el otoño. El otoño me revuelve adentro, me pone nostálgico con esos colores encendidos que empiezan a palidecer. Prefiero quedarme aquí adentro y leer algún libro de los que hay en esta casa. Recorro la fila de títulos del estante: *El segundo sexo...Balthazar... El cazador de raíces...Sociedad industrial y el marxismo...* leo en voz alta hasta dar con uno que me tinca. Esta vez es una novela en que el autor habla sobre las relaciones amorosas. Veinte, treinta páginas referidas a lo mismo. Dice algo así como que las iniciamos para contarnos una y otra vez la historia de nosotros mismos. ¿Será cierto? Me imagino con alguna palomita y claro, a veces yo lo hago. Depende a quien tenga al frente. A algunas hay que dejarlas expresarse. Otras escuchan el

discurso y uno puede sacar un chorro potente. A esas les cuento de mis dieciocho años, de mi vida agitada entre este campo y la ciudad, de estos años movidos, de mis viajes a dedo, en bus, en tren...¿de qué más les hablo?... de mi deserción escolar y mis incursiones hipponas, espirituales. De esas cuestiones hablo con ellas hasta que se me seca el chorro. En este momento daría cualquier cosa por una coca-cola, pero en esta casa no se compran bebidas, no porque no haya plata (aunque un poco sí, somos muchos) sino más bien por principios: las bebidas sólo se toman en las fiestas o en las reuniones sociales. Así son las reglas en este lugar. Para más remate, estoy lejos del boliche que las vende y no tengo plata, así es que aquí sentado en este sillón (una de las dos bergeres que le regaló su papá, el del auto naranjo, a mi mamá en su cumpleaños número quince), doy vueltas al majín mientras no venga nadie a meter bulla. A esta hora es muy probable que aparezca alguien a inflar cojines o a pasar paño amarillo, de manera que aprovecho este rato y pongo algún conjunto musical en el tocadiscos. Más bien, una sinfonía del ruso ese que me gusta, la dejo a todo volumen y trago páginas. Esto es lo que suelo hacer cuando no voy por el día a la ciudad con mi

libreta de apuntes a cuestas, porque por ahora no tengo donde parar allá.

Hace unas semanas estaba en un departamento. Me quedaba donde una amiga que me encontré en una fiesta. Nos conocíamos de antes, creo que de algún taller de poesía o algo así. Yo le había caído bien, es lo que me pasa seguido, aunque después vienen los problemitas. Con ella habíamos conversado de mis viajes en bus, en tren o a pie y me invitó a quedarme, para que pudiera hacer mis cosas tranquilo, me había dicho. Mi amiga vivía sola con su mamá y teníamos un entendimiento. Los viernes me invitaba al bar, tomábamos unas cervezas, a la vuelta nos fumábamos un par de pitos y al llegar la noche se producía una confusión de puertas, de manera que yo amanecía en su cama. A parte de ese entente, en las mañanas antes de ponerme en lo mío, solía bajar los tres pisos desde el departamento y zambullirme en medio de la gente y el bullicio de la ciudad, algo que se aprecia sólo cuando se ha vivido fuera de ella. De vuelta a la pieza estaba como dínamo encendido. Continuaba mis dibujos y las historias de la infancia y bueno, con la mesada que aún a mis dieciocho años recibo, me las arreglaba bastante bien. Así es

que cuando una tarde vi a mi papá en la puerta de aquella pieza, me sorprendí. Aquel había sido uno de varios días en que mi ánimo andaba por los suelos y su presencia no era lo que necesitaba para darle vuelta. ¿Qué hacía él ahí, había venido a visitarme, por qué? Mi papá es muy ocupado, siempre con un nudo entre las cejas, inventando y craneando cómo producir más y más para mantener al familión que somos. Sospecho que su impulso productivo no solo obedece al cumplimiento ‘irrestringido’ (es una de las palabritas que forman parte de su vocabulario) de lo que él llama su deber, sino también a la necesidad de ocupar su tiempo. Las horas vacías se hacen pesadas a cualquiera (a veces parecen empeñadas en inflar un globo que crece y crece, sin dejar de ser el mismo maldito globo) aunque menos a él, responsable de abastecer, sostener, alimentar muchas bocas (como dice mi mamá), que yo imagino abiertas como pico de pichón, piando sin fin...

Al verlo en la puerta, inmediatamente le dije que no me volvería al campo. Que esa pieza era mi lugar. Lo que yo había conseguido. Ahí pintaba, tenía mis amistades, me las apañaba lo más bien.

-No te pueden tener más tiempo...- me dijo fingiendo calma. Sé que por dentro estaba furioso.

-¡Mentira! -le grité y pensé que (como soy menor de edad cosa que le gusta mucho recordarme) me podía obligar y lo desafié a que me sacara a la fuerza.

Mis gritos lo descolocaron, era la primera vez que le gritaba. Seguí insistiendo y protestando. Alegué desesperado hasta que vinieron otros a convencerme y bajé la guardia.

Justo antes de llegar al campo –imagino que estuvo dándole vueltas al asunto los largos sesenta minutos del viaje- me dijo que pasaba algo extraño conmigo, esa palabrita usó.

-¿Extraño? Que no me dejen vivir mi vida es raro, insólito, inadecuado, impropio (todos esos sinónimos le escupí)- y la mirada que me devolvió fue de esas que dejan fuera de combate, así es que yo, mutis por el foro.

Como tantas veces ya, me tuve que devolver a esta casa desde donde voy y vengo porque de lo contrario me saldrían raíces de sillón o de silla. Raíces gruesas y profundas y la cosa es irse moviendo, ir buscando. Eso es lo que hago, estar en la búsqueda como el personaje ese del librito del alemán, que siendo alemán no entiendo cómo se puso tan comprensivo y

pacífico. Es que a los alemanes los tengo encajonados persiguiendo judíos y como en esta familia tenemos antecedentes como para haber ardidado en sus cámaras de gas, no me cuadra la cuestioncita esa. En fin, allá el autor, el asunto es que como Sidartha ando ojo al charqui en esta vida.

Y en eso estaba, la tarde en que llegué a la Biblioteca Central. Era fines de un febrero muy caluroso. Feliz me habría tomado una bebida pero tampoco tenía plata. Subí las gradas de la biblioteca de dos en dos. El edificio estiloso y pesado transpiraba un calor de escalofríos, que sumado al de las micros se me hacía insoportable. Crucé la puerta batiente con la boca seca, entré al salón de acceso e inspiré por fin una bocanada de aire fresco, apoyándome en una columna. Permanecí agazapado hasta que apareció un tipo con cara de que no debía estar ahí. Siempre aparecen esos tipos cuando uno está componiéndose del calor o el frío. Entonces me dirigí al salón.

Semana por medio nos reunimos ahí, un puñado de jóvenes estudiantes y otros como yo vagos y autodidactas. Vamos a escuchar lecturas de cuentos y poemas de escritores famosos. A veces, muy contadas veces, a comentar algo escrito por uno

de los asistentes. Un día me atreví a mostrar un poema mío sobre mi abuela, que nadie entendió mucho, excepto por el verso que la nombra y dice que ella se colgaba de los hilos de mi infancia. Esa simple cuestión les había gustado y la celebraron.

Cuando entré al salón aquel día de febrero, con mis veinte años recién cumplidos, el consabido escritor y un tipo de aspecto frágil y fino estaban sobre la tarima, sentados junto a una amplia mesa hacia la que todos los asistentes, en un plano más bajo, levantaban la mirada.

La mesa me hizo recordar la de mi abuelo. El había cerrado su oficina de ingenieros, contó mi mamá una tarde y la mesa donde extendía sus planos, llegó a los pocos días a nuestra casa. Cuando la bajaron del camión, me pareció un dinosaurio de patas hinchadas. Entre varios trabajadores la entraron a la casa. En cualquier parte que se la pusiera, su presencia pesada y densa traía la mirada escrutadora del abuelo.

Esto del traslado de muebles a esta casa es ya una constante; también llegaron dos pianos y otras piezas supuestamente apropiadas al porte de estas habitaciones. Me acuerdo en especial de un closet portátil de color verde musgo. Cerrado,

era un baúl vertical del tamaño de una persona; abierto, se desplegaba en tres compartimentos, una cajonera, un colgador y un estante. En uno de los cajones venía un juego de frascos de vidrio tallado y tapa de plata. Sin que nadie me viera lo cogí y lo guardé entre mi ropa. Fue el primer objeto de mi colección.

Como decía, estaba en la biblioteca y el consabido escritor al que le gusta el bla, bla tenía un invitado. Ambos sacaban a relucir sus primeras frases. Avancé en medio del público y me quedé de pie a un costado. Los boquiabiertos me hicieron reír, había pelucones vestidos con pantalones pata de elefante como las que yo llevaba, algunas niñas de vestidos con flores y una muy absorta en lo que se decía, como la que unos meses atrás había visto ahí mismo en una charla dada por un Gurú llegado de India.

-Es puro bluf. Es un volado, cero racionalidad y mucho pachulí- le había oído decir a ella ariscando la nariz. Aquella frialdad me había dejado epaté. Era difícil no creer en las palabras del Gurú: un sabio que había recibido el conocimiento y que venía a este país lejano a entregarlo en buena.

Esta vez, como decía, apostado contra el muro de la sala en la biblioteca, luego de escuchar la introducción de recovecos, circunloquios y solemnidad, Camondo –dijo llamarse el invitado que era pintor y escritor- inició una perorata acerca del arte, con tanto entusiasmo en su discurso que me sentí incómodo. Le tiritaba la voz y el cuerpo. Me dieron ganas de ir a decirle, ‘oiga compadre, si no es para tanto’ algo imposible de hacer, así es que me dediqué a observar a los entarimados.

El presentador vestía un terno de color gris claro. Una corbata celeste colgaba del cuello de su camisa rayada en tonos maíz. Tenía una calva brillante y su frente era tan combada que casi se juntaba con su nariz respingona.

El invitado llevaba una camisa blanca debajo de una chaqueta de tela en café y azul. Tenía una melena larga y rubia que sobrepasaba el cuello de su camisa. Los pantalones eran color plomo, muy sueltos y anchos aunque no patas de elefante. El cuadro que me mostraban era perfecto para ser pintado, parecido a la reproducción de ‘Los jugadores de cartas’ que colgaba del muro de mi pieza. Lamenté no llevar mis lápices y un cuaderno conmigo.

-Hablar del tema en vez de narrarlo- la boca de Camondo (raro el asunto de este nombre, así se llama también un personaje de una novella suya) su boca, decía, golpeaba de una manera inusual la letra 't' de la palabra tema.

-Sí, claro, dar prioridad al argumento- sentenciaba el presentador muy serio, agitando su corbata en el aire.

¿De qué hablaban...? Por las caras aburridas, supuse que los jóvenes asistentes se hacían la misma pregunta. Yo seguía con sed, no tenía mis lápices y empecé a sentir esas ganas que me vienen de hacer leseras.

-...buscar planos apropiados para destacar el claroscuro...- dijo Camondo, como quien dice, mira ahí va la Julita... cogió su vaso de agua, tomó un trago y luego de un silencio breve el presentador aprobó y desarrolló la frase con gran seriedad. Claroscuro pensaba yo riéndome, qué cuestión será esa. Y sin poder frenarme murmuré:

-Quiero cantar río, río.

Los que estaban a mi lado se largaron a reír. En vistas de eso volví a repetir la frase en voz más alta:

-Quiero cantar río, río.

-Sombras, luz y media tinta- afirmó Camondo (o era Couve) y alzó también la voz.

-Si, pero la significativa alegoría del argumento desequilibra el texto...- escuché decir al otro.

Tomé mi boina en la mano, me rasqué la cabeza y seguí repitiendo mi frase. Un grupo de jóvenes empezó a animarme para que siguiera en voz más alta.

-Quiero cantar río, río...

Se hizo un silencio en la sala. El invitado nos recorrió con la mirada. Recién pareció darse cuenta que estábamos ahí. Fijó sus ojos en los míos cuando yo empezaba a decir otra vez:

-Quiero cantar río...

Se puso de pie. Avanzó desplazándose entre el público hasta llegar a mi lado. Me tomó del brazo. Estaba rojo. El presentador nombraba escritores conocidos, mientras yo y Camondo salíamos de la sala. Le palpitaba la rabia en el cuello. Sus ojos echaban chispas. Avancé obediente junto a él. No sabía si iba a pegarme un combo o qué. Me llevó hasta afuera, nos detuvimos en la escalinata. Las micros pasaban rajadas en ese momento y metían una bulla infernal, o así me pareció.

De repente, sin darme cuenta de lo que decía, me oí pronunciar:

- Quiero ser como usted-

Las facciones de su cara se contrajeron de modo que su rostro era una sola nariz prominente.

-Necesito aprender, quiero ser pintor y escritor-le largé de una cuando ya estábamos llegando a la vereda. Su mirada azul desprendía la misma rabia que las aletas de su nariz, abiertas como las de un caballo enojado.

-Dejé de ser - me respondió en voz casi inaudible.

-¿Qué? -le grité.

-Dejé de ser...- me repitió. Lo miré y salí arrancando, ahuyando por dentro como perro apaleado.

Mi cabeza se llena de ladridos que vuelan para que yo los coja. Hay días de ajetreadas horas y otros de calma chicha. Hay semanas en que no pasa nada y horas luminosas e intensas que valen por meses de tiempo mudo, tiempo hecho globo, pienso en esta mañana fría cuando una avispa merodea la ventana y sus patas cuelgan de la canaleta como dos hilos lacios.

Ayer, ojo al charqui como estoy, leí al pasar por un quiosco de diarios, que un tipo se había colgado del balcón de su casa.

Era un homosexual, decían los titulares. Yo no lo soy, aunque casi, casi me agarraron y me costó, pero me salvé jabonado. Estábamos de vuelta y vuelta en una parranda, cureques a más no dar; había niñas y hombres y entre ellos uno que se fijó en mí. Sé que tengo buena pinta, que incluso puedo parecer distinguido, especialmente cuando voy sin mi boina, me dicen. El tipo de la fiesta era re amable y pintado. Empezó a hablarme, todo refinamiento, de unas pinturas que yo no conocía ni por asomo y que según él tenían que ver conmigo.

-Tú...- tomó mi boina y me la sacó, mirándome a los ojos.

-¿Yo?- le pregunté aturdido.

-Tú llevas tu disfraz de Benozzo Gozzoli- agregó, amasando mi boina, sin quitarme los ojos de encima.

Entonces lo calé. Me dejé llevar un rato por sus palabras cultas. ¡Qué nombre ese que había pronunciado! *Benozzo Gozzoli* me sonaba a chocolate, a marca de ropa fina. Chutas el gallo. Escuché las rimbombantes frases de Benozzo, como lo apodé, hasta que vino una niña a invitarme a bailar. Fue un segundo de vacilación. El tipo era de los que podían enseñarme las cosas que me interesan, pero estaba esa otra tontera: me fui a bailar.

Es difícil bailar, tanto como vivir me digo ahora y vuelvo a mirar a la avispa de patas colgantes agarrada a la canaleta. A mi también me cuesta despegar. Ser uno, entero. Como cuando los pollos que cría mi papá, asoman del cascarón y se ven redondos y amarillos piando desaforados, reclamando su sitio, su existencia de pollo amarillo. Así me siento, aunque más trasquilado que esos bichos gritones porque me cuesta, me duele empezar los días, continuarlos en su ritmo lento, apaciguar las ganas de hacer un desmadre. Me cuesta sacar lo que tengo adentro y apurar, sobre todo apurar la cosa.

La gente me pide que sea más de lo que soy, entonces tengo que ser tres y cuatro tipos a la vez. Eso ha debido ser lo que le pasó al gallo aquel que se mató. Ser varios y entre medio marica, qué complicado. Yo ya sé que no me haría marica, pero sí he pensado en echar el vuelo y terminar con las patas duras y tiesas como las de esta avispa.

Unos meses atrás, vi una persona perseguida por un enjambre de coleópteros (esta palabrita se la oí a un amigo de mi papá mientras despachábamos un pastel de choclos en un almuerzo familiar) fue hace no mucho tiempo en un potrero plantado de choclos. Yo estaba junto a mi atril y miraba cada tanto como

sacaban el rastrojo en el potrero. Formaron una pila alta de color pardo y dorado que con el fuego encendido se transformó en un cono rojo del que saltaban chispas. Arriba del rojo, una masa gris oscuro subía hasta convertirse en una nube gruesa y densa. De pronto, escuché un grito y vi que una persona corría dando manotazos. En ese momento empecé el cuadro de la explosión. Fue algo muy fuerte pintar ese cuadro. Mis manos sabían cómo ir formando la humareda. Los colores subían a la tela y crecían y aumentaban hasta que mis dedos quedaron como las patas de la avispa en la canaleta.

Son las tres de la tarde según mi reloj y estoy más atascado que la mierda, veinticinco veces chantado como los años que tengo: veinticinco de no poder ni leer, ni escribir, ni pintar. Mi cerebro es como un orificio abierto donde bulle una sopa hirviendo. Miro por la ventana de mi dormitorio (he ido tomando la costumbre de quedarme en la cama) y se me vienen encima las cosas de afuera y las de adentro. Afuera hay una higuera cuyas hojas dejan pasar halos de luz que me encienden por dentro. Necesito moverme, salir de esta casa, ir a despejar el magín en paisajes abiertos. Sin paredes, ni construcciones; sin poblaciones amontonadas en torno a

plazas y parroquias feas, sin nada. ¡Cómo me gustaría estar en el sur otra vez! Allá me sentí a mis anchas: al fondo bien lejos, la cordillera y los volcanes. Por donde caminaba, potreros y más potreros. Así fue durante mi viaje a dedo una primavera de años atrás. Un viaje alucinante aquel donde conocí harta gente: pobres que me recibían en sus casas, otros nada de pobres y otros más o menos, como esa familia que se dedicaba a hacer veletas de viento. Los papás y los tres hijos que las construían eran músicos.

Yo iba de copiloto en un camión. El chofer me mostró una veleta puesta de aviso junto a la carretera. Nos detuvimos, le agradecí el trayecto, cogí mi mochila y me largué a caminar siguiendo la indicación del muñeco. Era un camino de tierra solitario donde al principio sólo se escuchaba el sonido de la carretera; saqué mi armónica y la fui haciendo sonar: *la ra ra ra ra ráá ra...* en medio de aquellos potreros enormes y despejados, verdaderas planicies que parecían no tener fin y que me hacían sentir poderoso y alegre, llegué a la casa de los músicos. En el antejardín las veletas semejaban pájaros amarrados; la del leñador, al girarse cortaba con un hacha un pedazo de madera y de las otras...no me acuerdo.

Fueron tres noches en esa casa. Eran muy simpáticos, sobre todo el hijo del medio, el entrecot igual que yo. Con él salimos la última noche al pueblo. Él me había prometido que me llevaría donde ‘las pajaritas’, unas hermanas que trabajaban de temporeras en la cosecha de sandías. Pero resultaron tímidas y asustadizas y no pudimos hacer ningún avance porque al poco rato de llegar, su hermano mayor vino a vigilarlas. Al final, nos volvimos desilusionados y hambrientos. A la mañana siguiente toda la familia me fue a dejar a la carretera y esperaron hasta que me vieron arriba de una camioneta. La conducía a toda velocidad un señor que resultaría ser el dueño de la casa donde iría a parar a continuación. Se dedicaba a arrendar maquinaria para cultivos, no me acuerdo cómo se llamaba. Sí recuerdo a su hija porque le di un beso, lo que se llama un buen beso la noche antes de irme. También le dejé escrito ese poema que me gusta. Que les gusta a todas y que aprovecho de anotar aquí:

Todo ha florecido// No conozco las cicatrices//Ha florecido
de un golpe// Golpeándome el corazón. //De tantas cosas en
la vida //Sólo a ti en la vida he atrapado //Y tal es el fuego de
tus mieles//Que la noche es más negra que el pelo del puma//

Y más profunda que tu mirada oblicua// Desgranándome como a la coronta// El maíz de mi tristeza...

La hija del maquinista (miro ahora la foto que me regaló y que todavía guardo en la billetera, al reverso está escrito, Susana) era como una pata, redondita de abajo como diría mi mamá, más bien baja de estatura, no bonita, de ojos y pelo del color de las castañas, más tenue sí, como su actitud tranquila.

-Y tú, ¿a qué te quieres dedicar? - me preguntó de un zuácate.

-Voy a ser poeta y pintor...- dije apresuradamente.

-¡Guau...!- exclamó con una sonrisa.

-Pero necesito alguien que me enseñe ...- agregué sacándome la boina y estrujándola entre mis manos.

Íbamos a ver la nueva represa por un camino de tierra bordeado de árboles altos. Un par de niños, de esos que van descalzos y que se les caen los mocos, peleaba detrás de unas moras: el mayor tenía al más chico en el suelo y el chico lo pateaba y se defendía como podía. Ella se acercó pacientemente, con su aura de monja o de santa y los niños empezaron a incomodarse y a lentificar sus movimientos. Sacó un dulce de su bolsillo y se lo ofreció al mayor, quien inmediatamente lo aceptó y dejó de pelear. Al chico lo ayudó

a levantarse y le conversó de la represa. El grande la miraba, pero ella seguía hablándole al menor. Le habló de los peces que aparecerían luego, de la pesca con mosca, de los gusanos de tebo... hasta yo estaba entretenido escuchándola. Estoy seguro que nunca nadie le había hablado a aquel moquillento de esa forma. Fue tanta la fascinación por ella que nos siguieron todo el trayecto. Cuando regresábamos apareció su papá en la camioneta. Nos trajo de vuelta levantando polvo y acelerando como nunca para llegar luego, dejarnos y seguir a sus cultivos. Era un loco ese tipo. Al día siguiente, él -que no paraba en la casa- me puso el ojo encima. Mis manos ya habían cogido de un estante un libro pequeñísimo de tapas de cuero azul que junto al grupo de frascos y otros objetos forma ahora parte de mi colección. Lo vi pasearse inquieto, espiando nuestros movimientos. Al otro día a primera hora seguí mi viaje.

Son las cinco de la tarde. Me dormí una buena siesta y vengo de ir a dar una vuelta al parque para despabilarme. Voy cada tanto a fumar un cigarro. Miro los árboles, escucho los pájaros, espanto a los que me asedian y me vuelvo caminando despacio.

Hoy, sentado en el tronco de un árbol caído con el cielo cubierto de ramas altas, pensaba en la señora que construyó el parque mucho antes de que mi abuelo comprara esta propiedad. Todavía se mantienen los senderos y los arcos de flores perfumadas que ella debió diseñar. Me estaba fumando mi último cigarro, sentado en el troco, como decía y recordé una ocasión ‘ojos al charqui’. Conocí a una rubia que es lo que se llama una niña de ciudad, como probablemente debe haber sido la mujer que hizo este parque.

Aquella tarde que vi a la rubia por primera vez, me llegaban oleadas de viento tibio en la estación. Ya me estaba arrepintiéndome de no haber tomado un bus cuando el tren llegó por fin. Me subí a uno de los vagones, me dejé caer en un asiento de atrás y me di cuenta que una niña sentada en los asientos anteriores a la puerta me miraba. Tenía el pelo rubio y largo; cada tanto hablaba con otra niña que iba frente suyo. Mis ojos no pudieron evitar un movimiento de péndulo entre la figura de un tipo que leía el periódico a un lado de ellas, y el rostro de la rubia. Mientras él estaba encajado en su lectura, ella sonreía, abría su boca e inclinaba la cabeza hacia atrás como queriendo mostrarme el cuello. La insistencia de su

mirada me confundió. ¿Le parecería disfrazado? me observé en el vidrio de la ventana, no estaba mal mi pinta. Iba con la boina que me daba un toque estrambótico, aparte de eso, mi chaqueta de tweed y la camisa estaban bien; el pelo bajo la boina en orden. Me sonreí conforme. Dejó de mirarme y yo respiré tranquilo. Salíamos del pueblo y ella hizo señas -a alguien de afuera- con el brazo en alto. Pasamos por la consabida cancha de fútbol, por el cementerio. Avanzábamos a toda velocidad y sus miradas continuaron. La verdad me tenía atorado la niñita. Además, el sol de la tarde se colaba por las ventanas y había un ambiente pesado en el vagón.

Íbamos a toda máquina. Empezaron a vislumbrarse las primeras casas de los suburbios, los edificios ruinosos, las calles sin árboles, bajé la mirada hacia los rieles de la vía del tren, me parecieron un dibujo hecho a propósito: un sin número de trazados metálicos y brillantes se desparramaban en distintas direcciones, entrecruzándose, separándose y abriéndose. Busqué en los bolsillos de mi chaqueta, sólo había traído Sidartha y unas hojas sueltas mecanografiadas.

Las ruedas del tren raspaban ahora lentamente los rieles, imaginaba las chispas que podrían producirse y la rubia

levantó su falda para echarse atrás en el asiento. Le vi las piernas hasta los calzones. Recordé mi primera vez con la Rosita. Siendo un niño olí a mugre en su cuerpo y su ropa. Estábamos en el parque, entre los matorrales. La había convencido que fuéramos a ver nidos de pajaritos y dócilmente me siguió. Atravesamos los árboles, vino un viento que levantó su vestido y me di cuenta que la Rosita no usaba calzones.

Como decía, la rubia del tren había levantado su falda, se despidió de su amiga y me volvió a fijar la mirada. Ahora iba sola, era el momento para ir a saludarla, pero me achapliné. Preferí postergarlo para después en la estación final y eso hice. Nos fuimos caminando por la vereda de la avenida hasta su casa. Creí que llegaríamos hasta ahí no más...pero me invitó a entrar. Subimos una escala de mármol y mientras ella se reía de mis silbidos y exclamaciones, me mostró su casa. En el comedor había varios cuadros que fui observando hasta que llegué a un retrato de una mujer indígena, peinada con melena corta y labios de color rojo. Había gato encerrado en ese cuadro. Mi sorpresa fue grande cuando al leer la firma descubrí el nombre de la pintora de metro cincuenta que se

bajaba del auto naranja de mi abuelo materno. Lo más extraño fue que mientras más miraba el retrato de la indígena de facciones toscas y piel oscura, los rasgos de la prima de mi abuelo, aparecían como pintados detrás de una máscara o disfraz. Una mujer pituca pintarse de india... ¿qué quería decir? ¿le habría gustado ser autóctona de una? Yo que la conocía momia y a mi abuelo más, no me cuadraba este hacerse pasar por chusma.

-¿La conoces...?- pregunté a la rubia señalando el cuadro.

-No tengo idea- me contestó sin interés mientras yo, parado frente al óleo trataba de descifrar el enigma.

Recordé que una vez que quise pintarme, recurrí a una foto del libro *Life* dedicado a Israel. En aquella foto se veían tres figuras de niño vestidas de negro, desplazándose por una calle adoquinada que iba estrechándose. Me gustó que fueran niños israelitas y no me fue difícil copiar la composición usando colores negro, gris y blanco. Como los rostros no se distinguían, no tuve problema. Soy re malo para dibujar rostros. Lo llamé *Autorretrato en tres* y lo dejé en alguna parte de mi pieza.

¿Te gusta? – pregunté a la rubia.

- Mmm

-¿No ves algo raro?

-¿Raro?... - dijo volviéndose.

Me fui tras ella a través de una galería, aunque mi cabeza no podía olvidarse del cuadro ¿era o no un autorretrato?

-¿Quieres tomar una coca-cola?- escuché de pronto, olvidé el cuadro y nos fuimos a la cocina.

Luego me llevó al segundo piso por otra escala, dejó su bolso en uno de los tantos dormitorios y recorrimos un balcón interior que daba toda la vuelta hasta subir a una tercera planta. Salimos a la azotea. A esas alturas yo me debatía entre mis ganas por la rubia y mi deseo de bajar a observar otra vez el cuadro. Y nada, nos pusimos a mirar la ciudad, techos y más techos sobrepuestos y algunas torres de edificios. Fue una sensación potente estar ahí arriba, éramos dos pájaros de ciudad listos para emprender otro vuelo.

-Pero si acabas de llegar, ¿adónde vas ahora? - alcancé a oír a mi mamá.

-Voy ojo al charqui a buscar al tipo ese que me enseñará- le contesto cerrándole un ojo y ella suspiró.

Atravesé la terraza, avancé a grandes zancadas por el parque, salí por la puerta chica al callejón y me detuve: los que viven aquí, me dije, tampoco fueron a la universidad. Excepto claro, mi papa y el doctor ese que los milicos mataron en unos cerros por acá cerca. Un solo balazo en la frente, dijo la viuda cuando se lo trajeron y todos espantados, pero mutis por el foro. Hay que tener cuidado con los milicos, mejor no meterse con ellos. El problema es que ellos se meten con uno, como esa vez que vinieron a revisar la casa.

Después de saber lo del doctor habíamos hecho una fogata con los libros políticos. Los encendimos y sumamos los viejos *Redears Digest* de mi abuelo pillo, así es que cuando nos allanaron: mosca en leche, se fueron con la cola entre las piernas.

Así también me iré yo, un poco con la cola entre las piernas, sin pasar por la universidad, me dije ahí parado frente al portón y empecé a caminar hacia la carretera. Me iré después de estos años de vagabundo mendigando enseñanzas, husmeando el rastrojo de otros artistas, dándole vueltas lado y lado para que algo se me adhiera a las manos de manera que vengan más

selecciones al lector, más poemas, otras pinturitas... me dije y seguí por el callejón rumbo al paradero.

El bus venía vacío. Me puse a meditar en pleno viaje con el sistemita que el Gurú enseñaba para poder hacerlo en cualquier parte.

La verdad, me había gustado seguir la floritura (no fritura, aunque también un poco) de las máximas hiponas y espirituosas del Gurú, ese que vino al país y que yo había escuchado una tarde en la biblioteca.

Tanto me había convencido su cháchara que un día me mudé al Ashram. Allí vivían los que como yo habían recibido el conocimiento. Es decir, las cuatro técnicas secretas. El sistemita, lo llamo en fácil. Una palabra que me sirve de comodín. El de mi papá es el 'aparato': 'se hechó a perder el aparato', 'hay que ir a buscar un aparato', 'ellos no tienen ese aparato', etcetera.

El sistemita... enseñado por el Gurú lo aprendí de puro ojo al charqui que ando. El sistemita, decía, permite meditar, para algunos esto significa dejar la mente en blanco. Viajar con ella o también atravesar, traspasar niveles cósmicos... y ver la luz, como dicen.

Yo alcancé a ver algunas luces, es verdad; sin embargo, desde que me lo enseñaron me enojó que las cuatro técnicas de meditación fueran secretas, pero no dije nada y me fui a vivir al Ashram. Sobre todo por cambiar y alojar en la ciudad.

La casa del Ashram era espaciosa, con mucha luz. Nos levantábamos a las seis de la mañana a meditar todos juntos, en la misma sala en que dormíamos sobre nuestros sacos. Éramos entre veinte y treinta jóvenes y niñas que desempeñaban distintas tareas, según qué supiera hacer cada uno. Una vez terminada la meditación, desayunábamos y los que salían a trabajar se llevaban una caja con el almuerzo. En la tarde nos reuníamos a hacer *satsang*: una especie de asamblea en la cual se escuchaban los testimonios. Siempre había alguien que necesitaba sacar fuera sus experiencias del día o incluso del pasado. Yo nunca me decidí a hablar, solo escuchaba en postura de yogi con los ojos cerrados. Mi trabajo consistía en encargarme de los folletos o cuadernillos. Ir a imprimirlos, ordenarlos y repartirlos en la calle.

Una mañana me quedé más de la cuenta meditando. Si lo hacías nadie te decía nada, era común que cada cual siguiese su propio ritmo. Al abrir los ojos me di cuenta que estaba solo en la sala.

Solo y con la sensación de estar adentro y afuera a la vez. Como si una parte de mi permaneciera aún en el estado de ensoñación y la otra se pusiera de pie y caminara. Así y todo, pude coger los folletos y salir. Al pisar la vereda un rayo iluminó mi cabeza. Su calor y su energía me traspasaron. Fue como recibir un influjo celestial o divino. Apreté los cuadernillos contra mi cuerpo y me desplacé hasta una sombra, percibiendo que aún llevaba el calor y la luz. Me figuraba que sobre mi cabeza ondeaba una especie de aureola de la cual yo pendían. Era una sensación muy pero muy placentera que no he vuelto a sentir. A medida que avanzaba por la sombra de la vereda y me alejaba del Ashram me vino primero un deseo fuerte de abrazar a los peatones con los que me cruzaba, luego quise reír y decirles a gritos que yo tenía el conocimiento, que yo era poseedor de la luz. En ese estado, me dirigí a una señora que esperaba el cambio del semáforo para atravesar la calle. Me habían instruído que respirara profundo y que saludara antes de iniciar cualquier conversación. Esa vez le largué sin más:

-Señora, puedo darle la luz y el conocimiento...- me devolvió una mirada de espanto y mientras se alejaba de prisa, me quedé paralizado. Eso era lo que debía hacer en adelante.

Por alguna razón yo era un elegido, estaba seguro de ello. Como tal debía entregar las técnicas a quien se me pusiera por delante. Cuantas más personas supieran del ‘sistemita’, más individuos felices habría en la tierra. Era cosa de números. Yo, el iluminado, debía trabajar sin descanso para llevarlos a todos a la luz. No dije nada en el Ashram. Seguí con la rutina: meditar, desayunar, ir a enseñar y a repartir folletos; satsang de la tarde, meditar y dormir. Pero así como aquel primer día en que me había llegado la luz, vinieron otros varios en los cuales intentaba volver a percibirla y nada, no era lo mismo. Entonces me dije, mientras no vuelvas a sentirla ahí arriba no puedes salir. Cada vez empezaba más tarde a repartir panfletos y ello debe haber despertado sospechas. Una mañana al abrir los ojos vi que no estaba solo en la sala. La recién pasada no había sido una meditación ‘iluminadora’. Mi ánimo estaba por el suelo. No entendía por qué ocurría. Aplicaba las técnicas una a una y lo hondo que llegaba no era ni por asomo lo de días anteriores. Me parecía que en un punto había topado fondo y la percepción de ese límite me dejaba malhumorado.

-Te parece que hoy te acompañe con los folletos- escuché que me decía uno de mis compañeros, al que llamábamos *premi*.

-¿Acompañarme con los folletos? - respondí saliendo de mi letargo.

-Sí-

-Los folletos no sirven para nada. Lo que hay que entregar es el conocimiento - lance de una y agregué- es lo que he estado haciendo estos días.

-¿Entregas las técnicas secretas? - me miró pasmado.

Fue una pasada fuerte esa del Ashram. Estar allí fue como ir sobre el arca de Noé, con todos nosotros camino al paraíso. Años después de dejar el Ashram, volví otra vez a la ciudad con el intento de meditar por si me resultaba, aunque lo que más seguía queriendo era ubicar al pintor y escritor cuyo nombre había olvidado, el de la biblioteca central, ése al que le había dicho que quería ser como él.

Otra vez llegué a la ciudad, tomé una micro, me dejé llevar por su recorrido hasta que me vino hambre. Me bajé, compré un paquete de galletas y caminé por calles de casas decadentes comiéndome una *negrita* y respirando los olores de las cocinas. Eché un looking, ojo al charqui, a una explanada de tierra y vi que en ese barrio hasta los árboles eran esmirriados con basura apiñándose a los pies de sus troncos. Eso es lo que pintaría de

hacer un cuadro con esto que veo me dije: un árbol enjuto y desganado de ramas, de color pardo arriba de una mancha de tierra café chocolate y sobre ella un envoltorio ajado de una *negrita*.

Supuse que había llegado al barrio donde creía haber visto a... me acordé de su nombre, se llamaba Camondo (y no Macondo), entonces me dije que él era claramente encopetado, sin ninguna pinta de pasearse por ese sector popular, así es que paré otra micro.

Iba en la pisadera con mi pelo rugiendo como asta de helicóptero. El chofer llevaba la radio prendida: *desde que tú te has ido// desde que me has dejado yo sólo soy la sombra...no sé si es el aire, no sé si es la luz...* La voz de esa mujer me levantó el ánimo. Era rasposa y me la empecé a imaginar a ella con el micrófono en la boca ... hasta que el locutor dijo: ¡hoy es jueves! Los jueves me hacían clases para preparar el exámen de tercero y cuarto medio que debía rendir. Un exámen de mierda, siendo ya vejete para esos trances. Ese día me fui a la clases pero al siguiente me las emplumé hacia el mar.

Mientras iba en el bus leí un poema del tipo al que un cuervo le repite ‘nunca más’ y me quedé dormido. Soñé que estaba dentro

de un cuadro, yo era el cuervo del poema y agarrado al dintel de la puerta de mi pieza graznaba ‘nunca más’ y abajo me veía escribiendo estas *Selecciones*, en cuclillas sobre la alfombra. De repente mis garras se soltaban del dintel y caía sobre mi figura encuclillada. Desperté justo antes de llegar al suelo (no al cielo) cuando el bus entraba en el balneario donde me debía apear. Caminé con la sensación de ser todavía medio cuervo, medio yo. Sobrevolé las casas donde habíamos veraneado con mi familia años atrás. Yo era un pájaro oscuro que husmeaba alrededor de casas cerradas y jardines abandonados. No había ni un alma y todo parecía completamente distinto a como lo recordaba. Me vino un terrible arrepentimiento de encontrarme allí. Me dirigí a la estación de buses. Me dijeron que no había regreso hasta dos horas más, de manera que seguí de largo y llegué al mar ¿era aquel el mismo lugar donde veraneábamos en el pasado o había llegado a otro sitio?

Me senté sobre una roca y para distraerme (como me han enseñado) fui recordando la playa de nuestros veraneos. Estaba dividida en tres sectores. En el primero se instalaban ‘las hordas’ y eso quería decir, lugar prohibido para nosotros sensibles a las radios, las sandías y los gritos. En el segundo,

el del medio, ya se componía la cosa, había carpas de familias que venían todos los años, propietarios de alguna casa, o como nosotros, que sólo arrendábamos. En el tercero, al final hacia el norte, se apiñaba lo más rancio de la sociedad. Algunos conocidos de esa parte eran como la rubia pituca con quien me encontraba de cuando en cuando.

Era demasiado esa mujer, me dije mirando el mar (y me digo todavía). Atravesé un puente mientras la marea bullía abajo. Un abrazo suyo me dejaba muy muy calentón con el mate en movimiento como esos cochayuyos que veía desde el puente. En la última fiesta estuvimos bailando, riéndonos y tocándonos un poco. Llevaba puesto un pañuelo que le cubría el cuello. Sentí ganas de sacárselo. La blusa también, pero me habría dejado muy requete jodido. Sé que le gusto.

Apenas me vio llegar a la fiesta se me acercó, me sacó la boina y no nos separamos hasta el momento en que le dije que no iría a su casa esa noche. Al principio hizo como que se molestaba (es muy zorra esa mujer), pero rápidamente se le pasó y me invitó al balcón a mirar la ciudad. Como nuestra primera vez, me dijo, refiriéndose a la azotea de su casa. Estábamos en un sexto piso. Se divisaban las luces de otros

balcones y se oían voces y risas lejanas. Ella se sorprendió de no encontrar a una amiga suya afuera con la que acababa de estar conversando. Después, continuó su cháchara. Para ella lo más importante era establecer un nexo con alguien, decía. Esa palabra usó: ‘nexo’ y no sexo como entendí o quise entender. Entonces me largué a reír. Me preguntó de qué me reía, la miré no más. Qué podía decirle, que no le buscara más el cuesco a la breva que eso que nos tenía así se llamaba calentura y punto.

Como decía, caminaba por ese balneario (y me desvié hacia la rubia, hacia la Ximena). El día estaba nublado, las gaviotas rondaban las olas. Sus graznidos me devolvieron el ‘nunca más’ del cuervo del poema que leía en el bus, pero mezclado con la bulla del oleaje y con la rubia entusiasmada conmigo... Poco después de conocerla, no creo haber contado que estuvimos los dos solos en su casa. Era bien experta desde el principio, yo me dejé llevar. Ella oyó una puerta y salí corriendo. Al poco rato de caminar me di cuenta que venía detrás de mí. Me hice el lesa. Me reía al imaginar hasta donde sería capaz de seguirme y aceleré el paso. Tengo las piernas largas y si quiero puedo caminar muy rápido. Llegué a la

avenida en un santiamén, crucé la vereda y empecé a subir hacia la cordillera. Mientras avanzaba me iba enojando de a poco. Qué se creía, que yo era tonto. Pasé por un paradero, me desvié hacia el centro y para despistarla entré a un pasaje, eso que ahora llaman galería comercial y que a veces conecta varias calles. Iba saliendo hacia una de ellas cuando nos encontramos de frente. Se debe haber dado cuenta que me molestó. La miré no más y me devolví al campo. Para mí el asunto no era ni es serio. Un polvo y a otra cosa mariposa.

Otra vez me fui por el atajo, estaba hablando de que ese día en el balneario desierto, al cruzar el puente sobre el mar, escuchaba el oleaje que bullía abajo. Bajé a la arena. Me saqué los zapatos y los calcetines. Los enterré en la arena no sin antes comprobar que nadie me miraba. Caminar a pie pelado me hizo sentir mejor. Echó a volar al cuervo funesto ese del ‘nunca jamás’. Mis piernas y brazos fueron estirándose y contrayéndose. Si alguien me hubiese estado mirando habría pensado que iba haciendo el loco con mi boina y habría sido cierto. El aire frío hizo de motor en mis pulmones. Inspiraba con ganas para que saliera lo que se me pega adentro como a

esos cálefont viejos y carcomidos que apenas dan fuego y que me piden que los vaya a revisar.

A mi tía se le ocurrió la idea, una tarde me pidió ayuda con el suyo y al ver que me la pude con él, me dijo:

-Podrías ganar una platita con esto, te voy a recomendar-

Así es que a veces me llaman y si no estoy muy abatido por las cosas de mi vida, parto, arreglo y vuelvo con unas luquitas en el bolsillo para comprarme mis cigarros y mi coca cola, o un café.

Regresé a la casa del campo por la berma de la carretera. Me dieron ganas y me bajé del bus. Atravesé el río, dejé atrás los viveros de plantas y la empresa de casas prefabricadas; los autos pasaban a toda velocidad por mi lado, metiendo un ruido ensordecedor; los conductores me hacían señas, me tocaban la bocina y yo me reía contento. Acababa de aprobar mis exámenes libres de tercero y cuarto medio.

Me dije que recién tenía veintiseis años más una buena cantidad de hojas tecleadas con poemas y otras con *selecciones del boletín del lector*. Pensaba en frases que en los talleres me habían encontrado ‘excelentes’ y seguía caminando por la berma. Así recordé el poema ese donde decía

que ‘el querer profundo sirve la mesa, lava los platos y alimenta a muchos...’ más me reí ¡me había salido re buena esa! ¿o la habría copiado de alguna parte?

Fue emocionante ese ir a pie por la berma de la carretera; un camión casi me hizo tropezar. Continué como si nada y me siguieron tocando la bocina y yo riéndome a carcajadas.

- Es que yo no puedo parar- le dije el otro día a mi papá y me refería a...bueno, a todo.

Él me contestó que no poder parar era una ‘falacia’, esa palabrita usó ese día, no sé qué libro estaría leyendo, porque a él se le pega lo que lee. ¡Falasia!, me daba risa pensar en su significado.

Agregó que yo era libre y me trajo *Camino de libertad* del autor Howard Fast. Qué tenía que ver lo mío con la guerra de los gringos y los esclavos. Le empecé a decir. Le grité más bien. Si creía que yo no me daba cuenta de lo pillo y metiroso que era él. Estábamos en el gallinero, las aves cacareaban como nunca. Un trabajador pasaba con una carretilla hasta el tope de guano, la vaciaba y volvía por más mientras nosotros éramos dos gallos engrifados. Tenemos el mismo porte, creo que él me habría tirado una cachetada. Respiraba muy

inquieto, la manzana del cuello le subía y le bajaba con las tragadas de saliva, preparando el ataque pero decidió callarse una vez más. Entonces me fregó y me vine abajo. Me arrastré a mi pieza, cerré la puerta, me zampé un par de pastillas para dormir y me acosté.

A las pocas horas desperté diciéndome: *hoy quiero ser sonoro y armar la estallería...* no tenía idea de donde salió esa frase, pero ahí estaba machacando mi nuca el '*hoy quiero ser sonoro y armar la estallería*'. Imaginé un ejército avanzando por un despoblado al compás de tambores. Yo llevaba la delantera. Era el guaripola, sí, el guaripola de mi vida enclenque, mi vida coja, apercancada y viajera. Tomé mis poemas y vamos desmalezando. Ellos eran mi estandarte, mi escudo contra esa vida que me tenía empalizado, aterido. Pulir, pulir me repetía mientras revisaba, añadía, parchaba. Me leí y me dieron ganas de pasar los enmiendos (no enmiendas que se envían, aunque también) a máquina altiro. Escribí una hoja por ambos lados con cuatro poemas seleccionados; armé un cuadernillo o folleto o panfleto, como esos que regalaba por el Gurú. Ilustré la tapa y puse mi nombre. Me pareció pobre. Mecanografié otros cuatro poemas de la misma manera y los agregué. Estuve

en eso hasta que me golpearon la puerta para que dejara de teclear, pero yo quería armar al menos una docena de cuadernillos, ya había agarrado un ritmo y sólo debía dejarme llevar. Aunque claro, los otros de la casa quería dormir. Vinieron y me quitaron la máquina. Quedé como ‘loro en el alambre’, me tomé otra pastilla y se acabó...

A la mañana siguiente desperté cuando ya se preparaba el almuerzo en la cocina. Tragué un resto de café frío y me puse a ordenar las hojas mecanografiadas mientras escuchaba la puerta batiente de la cocina golpeándose contra su dintel, el chirrido de las ruedas del chanco eléctrico en las baldosas, el sonido de las tapas de las ollas, de los cucharones y por último de la licuadora a todo full, mientras alguien suspiraba y se quejaba de los golpes. Yo no estaba para conciertos domésticos, quería *armar la estallería*. Me planté la boina, tomé mis folletos y salía con ellos muy ufano hacia la carretera cuando escuché la pregunta ‘a dónde vas’ y me quedé paralizado.

Que a dónde iba... si lo supiera me dije, sujetando el amasijo de poemas contra mi pecho mientras mis brazos se venían abajo.

A dónde voy, repetí en voz alta. Necesitaba poner los cuadernillos en una bolsa, en algo que los contuviera. La bodega cercana a la casa siempre tenía cosas interesantes. Esta vez cogí un maletín de cuero del que salían arañas de patas crespas. Había llegado su hora, me decía y las aplastaba. Sacudí el maletín. No estaba tan desarmado, aunque su broche no cerraba de manera que busqué un cordel. Introduje mis cuadernillos adentro, me aprestaba a seguir en dirección a la carretera, pero llamaron a almorzar...

Ximena, la rubia llegó hasta acá, el otro día. Yo había salido de la casa para descansar del olor a trementina. Ya había repartido algunos poemas así es que llevaba unas semanas abocado (de boca, de hocico) a mis pinturas.

Encendí un cigarrillo y caminé hasta el parque. Iba relajado por entre los árboles y vi venir una mancha amarilla desde el fondo verde de las ramas. Me quedé tieso. Me atoré con el humo. No estaba preparado para encontrármela. Ella se dio cuenta y me dijo sonriendo que no me asustara. Le contesté que el verla, así, de sopetón, había sido como tener una alucinación.

-¿Has tenido muchas últimamente?- me preguntó.

- De este tipo...pocas- respondí haciéndome como que no entendía.

Me quitó el cigarro de los labios y lo apagó en la tierra. Luego me abrazó y empezó a besarme. Yo tenía la boca seca y le dije que tenía mucha sed. Se largó a reír mientras me desabrochaba la camisa. Tiró su polera y empezó a rozarme con sus pechugas.

-Son preciosas- le dije como pude.

Volvió a reírse. Estábamos en medio del camino. Escuché un auto. Me tomó de la mano y nos echamos debajo de unas matas. Lo hicimos re bien. Luego quedé con la vista fija en el cielo y unas ganas locas de fumarme otro cigarro. Ella encendió uno y me lo puso en los labios.

-No quiero interrumpir tu trabajo- me dijo.

Habría sido muy feo despacharla justo después de ese revolcón, así es que la llevé a la casa y le mostré la pieza donde pinto. Me preguntó por cada óleo que tenía arrumbado. Opinaba, se reía. Me sentí atorado con su presencia y con tanta pregunta. Pinto porque pinto, pero ella quería que yo le explicara. Le gustó mi cuadro de la explosión. Se lo regalé y

la fui a dejar a la carretera. Me dejó califa muy califa esa mujer.

Poco tiempo después, fui a una exposición de pintura. Un solo cuadro me gustó: una mancha negra y gris sobre la que asomaban formas rojas, pintadas con mucho óleo. Pinceladas gruesas, pesadas, que parecían cuerpos ardiendo, suspendidos en medio de la noche. Era muy fuerte la cosa y me agarró.

Estaba con los ojos bien abiertos creo yo frente al cuadro, cuando sentí una presencia a mi lado. Me giré y vi a una joven de pelo crespo que me miraba.

-¿Te gusta? -me preguntó.

-Es que... -no sabía cómo explicar lo que me estaba pasando. Es que...veo unos cuerpos ardiendo -dije- y seguro que nada que ver -me largué a reír.

-Sí, eso... -me dijo sorprendida.

-¿Cómo sabes? -

-Yo pinté el cuadro- me contestó y enmudeció. Nos quedamos electrizados.

No era bonita. Era alta y desgarbada. Con una mata de pelo crespo alrededor de su cara larga y enjuta. No sé cuánto rato seguimos frente al cuadro.

-¿Te tomarías un café? - me preguntó Romina de repente y achinó tanto los ojos que parecían decir: ‘en qué me estoy metiendo’.

Así empezaron nuestras conversaciones.

-Yo trabajo ideas, conceptos- me dijo luego.

-¿Ideas? ¡pero si tú pintas!-

-Sí, pinto, pero lo que quiero es traducir una idea que tengo acá- aclaró golpéandose la frente con el índice.

-¿Tienes una idea antes? –le pregunté extrañado.

-Sí, para mí el arte es eso, la traducción de una idea- me contestó con una seguridad que me dejó mudo.

-Pero las ideas... ¡no pasa nada con ellas! Y lo que tú pintas...-

-Lo mío no nace de la emoción...lo mío viene de acá- insistió Romina y volvió a poner el índice en su frente.

-No te creo –le dije bien serio y se largó a reír.

Esa tarde de la exposición hubo una lluvia intempestiva (embestida interior atemporal) y había detenido un bus que venía atestado de pasajeros. Me fui con medio cuerpo afuera, mi melena y mi chaqueta de tweed, volándose al viento y entre mis cejas un nido de pájaros que cantaban, hasta que me colé por el pasillo y encontré un asiento. Estaba con sueño, tuvo que ser el

efecto del *Lagarto*, la pastillita esa, que me enchufo a diario en este año en que cumplí mis treinta. Ahora sólo me mantiene despierto el par de cafés que tomo antes de salir (me esconden el café pero yo siempre lo encuentro y vuelvo a dejarlo donde mismo, así nos pasamos los días con este asunto). *Cierro mis ojos para que tú no sientas ningún miedo, cierro mis ojos para escuchar tu voz...* cantaba el español desde la radio y el chofer coreaba a todo pulmón: *Cierro mis ojos para escuchar tu voz...* Atravesábamos el puente del río. La carretera estaba casi vacía. El chofer aceleraba frente a la nueva fábrica de fideos e íbamos entrando a un pueblo como las zumbas cuando repentinamente disminuimos la velocidad hasta ir a vuelta de rueda. *Para escuchar tu voz...cierro mis ojos...* Los árboles de la avenida que atravesábamos, mirados desde el pasillo de ese bus, formaban un arco perfecto. A través de las ventanas laterales observé las fachadas de las casas pintadas de viejos afiches de propaganda política. Por esos barrios hacía años que había andado el candidato de los rojos y los negros, el mismo que había explotado junto con su casa de gobierno. Me refregué los ojos: entre dos afiches alguien acababa de escribir con pintura azul: *Cuando pienso en mi falta de cabeza.* Asomé medio

cuerpo por la ventana y volví a restregarme los ojos. Sí, eso decía la frase: *Cuando pienso en mi falta de cabeza...* A un costado de la palabra *cabeza* había una joven sentada, sobre un balde de aceite puesto boca abajo. Tenía una brocha en la mano que goteaba pintura. Al verme, me hizo una seña. -¡Hola! -le grité, ella levantó la brocha y las gotas de pintura azul caían a la vereda. El bus siguió su recorrido. Nos alejamos lentamente cuando ella todavía me sonreía. Cerré la ventana porque había empezado a llover otra vez. Los vidrios se empañaron. Las calles por las que pasabámos, comenzaron a inundarse. El chofer aceleró y las ruedas salpicaban de agua a los peatones. Sus gritos y gestos de enojo me hacían reír. Habíamos empapado las mercaderías de un vendedor apostado junto a un paradero. Con poca visibilidad, nos acercamos a un paso bajo nivel que no había visto antes. El bus lo tomó a toda velocidad y nos quedamos atascados en medio. El agua llegaba a la pisadera. Los pasajeros suspiraban y reclamaban al chofer, pero él no respondía, ni movía el bus.

- ¡Ya po guevón...mueve la máquina! -

Él abrió la ventana, reclinó el asiento y aumentó el volumen de la radio: *cierro mis ojos...* Vino una mujer a la cabina a

ofrecerle un empolvado que engulló con labios llenos de azúcar flor. Me dirigí a ella, le pedí un pastel, me inspeccionó de arriba abajo, y me dijo que le quedaba sólo pan duro, entonces me puse a ofrecer mis libritos de poemas. Logré vender dos. Cuando regresé a mi asiento con las monedas en la mano descubrí que un niño había ocupado mi asiento. Su madre me lanzaba miradas de odio. Me quedé en medio del pasillo. Los pasajeros siguieron reclamando, la vendedora quería bajarse.

-Tengo ¡claustro! –gritó una y los pasajeros se le unieron, pero el conductor no abría la puerta.

-¡Claustro! - decían las bocas abiertas y en el momento en que el chofer encendió el motor y salíamos del atolladero a toda velocidad, repití:

-Camondo, Camondooo-

El que deseaba “traducir la esencia misma de las cosas”. Eso había dicho... ¡pero cómo había olvidado su nombre Camondo...! O, ¿era Camondo el nombre de uno de sus personajes? Poco importaba. De puro contento me atoré de la risa. El chofer volvió a disminuir la velocidad. Carreteábamos de paradero en paradero. El cielo se había despejado.

Camondo era una verdad con patas, pensaba y me reía de mi frase. Observé que el bus viajaba casi vacío, entonces me ofrecí para llamar pasajeros desde la pisadera. Me habría gustado gritar que Camondo era una verdad con patas pero con medio cuerpo asomado, agité mi boina y fui diciendo: “Acá, en unos minutos estaremos en la ciudad’

SARA

...observa la hora en el reloj de la pared: tiene el tiempo justo para llegar a la ciudad. Uno de sus perros salta la pequeña puerta de su jardín y el sonido de la aldaba bamboleándose emite un crujido que la hipnotiza.

Ahí están sobre el escritorio las palabras de Montaigne que anotara aquel día en la universidad. Más abajo lee: ‘el invitado’ (ni disfrazado...ni en el momento de pintarse) presenta una discordancia, una incoherencia de tiempo y espacio, no encaja en el cuadro.

En rigor, no podría estar ahí... se dice Sara poniéndose de pie. El vestido que usará para la fiesta cuelga sin planchar de la manilla de la ventana. No es el adecuado: parece un pájaro raro. Viene el dilema de qué zapatos usar. Desecha un par de mocasines negros. Se calza unos tacos aguja y los tira, finalmente se decide por sus bototos. Arregla su peinado. Deja una nota sobre la mesa.

Corre por la autopista entre cerros de casas dispersas que miran la ruta y luego atraviesa las poblaciones de la periferia. El sol empieza a ocultarse tras los edificios. Entra a una de las

arterias atestada de automóviles, su lento avanzar la detiene junto al semáforo. Relee la invitación y un ruido se cuela al fondo de su cerebro:

-Y... ¿tú qué haces? -

- ¿Yo? -

- Sí, ¿a qué te dedicas? -

-Bueno, yo...vivo en el campo-

-¡Ah!...te dedicas a las gallinas y esas cosas- sonrisas.

-Mmm...sí...no...soy... camino mucho

-¿Caminante?

-Es que todos los días subo cerros

- ¡No me digas!...

- Pero hago otras cosas también

-La mujer multifacética, claro, ya me lo decía tu cara

¿Mi cara, qué muestra? Se mira al espejo: una mujer rondando los cincuenta años. Acciona la palanca de cambios atrás, adelante; vuelve el ruido:

-Mira, soy parcelera y escribo un poco

- ¡No!, fantástico y ¿publicas?

Sara deja la invitación y observa las hojas caídas en la cuneta de la avenida. Se arremolinan como si de un pequeño tornado se tratara, como sucedía en el campo donde vivía de niña. Dan la verde, los automóviles vuelven a avanzar y ella toma una calle lateral. En los caminos de ese campo había tres tipos de álamos; los carolinos, cuyas hojas pendían de un largo tallo delgado; los plateados, de hojas grises por un lado y por el otro casi blancas y peludas; y esos altos y largos, cuyos renuevos se esparcían en la primavera. Su padre las emprendía contra ellos con un azadón: la espalda inclinada y el golpe sordo, asestado abajo, junto a la tierra.

Sobre cuatro de aquellos altos álamos sus hermanos habían construido su guarida a la que ella no estaba invitada. Era peligroso decían, y ella quería mirar los aviones a chorro que pasaban sólo por allí. Un día había subido a escondidas, se había recostado de espalda sobre las ramas que hacían de piso: escuchaba el ir y venir de la trilladora en el potrero y el cacarear de las gallinas...

Llega por fin al edificio con la invitación en la mano.

Sacude el polvo de sus zapatos, acomoda su pelo mirándose en el espejo del hall. Nuevamente será la invitada del vestido

inadecuado. El ascensor abre sus puertas y oleadas de perfume llegan a su nariz. Fija los ojos en los zapatos de los desconocidos, coge una copa de vino y se escapa al balcón que da toda la vuelta del piso. Lo recorre asomándose hacia el interior de las ventanas: una pareja conversa, a la garzona se le cae una copa, el mozo descorcha más vino, un grupo de mujeres larga carcajadas, dos hombres hablan junto al vestíbulo, un grupo prepara sus instrumentos musicales... Ximena y Romina conversan acerca de la invitación que les ha enviado Susana. Oculta tras las matas Sara escucha:

-No me dan ganas de ir ahora al campo de Susana ¿tú qué crees, Romina? -dice Ximena.

-No sé qué decirte, pero estoy por iniciar un curso que me interesa mucho...- contesta Romina

-Y si nos juntáramos acá... -

-Eso podría ser...-

Ximena vuelve al salón y se suma a los hombres del vestíbulo. Romina empieza a pasearse inquieta en el balcón y luego entra también al vestíbulo. Apoya su espalda en un pilar y finalmente se escurre sin ser vista por nadie, excepto por Sara que deja la copa, sale detras suyo para verla desaparecer en la

puerta del ascensor, y regresa a la fiesta donde Ximena juega con el pañuelo rojo que rodea su cuello. Los músicos suben a una tarima. Se abre un espacio entre los invitados y cuando el baile está por empezar una mujer se le acerca:

-¡Tanto tiempo sin verte!-

Sara gira su rostro.

-Te acuerdas, hace muchos años, jugábamos a ser bailarinas

-Sí, claro que me acuerdo...- responde Sara.

El auto de sus padres era confortable y su mamá conducía con mucha determinación. Iban al cumpleaños de su prima en la ciudad. Las niñas jugaban a saltar de un sillón a otro con un paso de baile cuando llegó. Vino su turno y escuchó la carcajada que cuarenta años después vuelve a oír.

XIMENA

-Seré la única mayor del grupo. Pareceré la invitada en el cuadro de las niñas- comenta la abuela de Ximena mientras toman desayuno.

-¿Dónde?- los ojos de Ximena se agrandan.

-En el cuadro ese que pintó mi tía ¿te acuerdas? Estaba en el comedor...

- ¿El de tres niñas que jugaban en la playa? No sabía que eras tú... ¿ese cuadro lo había pintado una tía?- pregunta Ximena y piensa en lo maravilloso que era caminar a pie pelado sobre la arena.

-Esa tía pintora era hermana de mi papá... hija de...

- ¿Y qué fue de él? -le pregunta Ximena.

-¿De tu bisabuelo?...hace años que está enterrado.

-¡No, del cuadro!

-Se lo llevó... no me acuerdo quien y desde entonces puse el que está ahora.

-¿El de la mujer de labios rojos? ¡Es bien extraño! ...así me dijo una vez el pintor

- ¿El poeta?

-Bueno, sí también...-sonríe Ximena, toma un sorbo de café: invitará a Susana a pasar unos días con ella.

- ¿Qué fue del pintor...eh...ya te vas...?

-Esta noche llego tarde...- grita Ximena desde la puerta.

Muchas cosas han ocurrido desde aquellas últimas vacaciones en la playa con Susana y Romina. Sí, muchas cosas en su vida, se dice y echa un vistazo a la casa de su vecino. Alcanza a escuchar su nombre, levanta la mano y continua.

Todo había empezado para ella con ese primer viaje al extranjero, ¿cómo se le había ocurrido regresar con los vestidos, uno sobre otro en su cuerpo?

De vuelta, una seguidilla de jóvenes la visitaba y entre pruebas y conversaciones escogían. Los vestidos se vendían en un santiamén.

Enfrenta el bullicio de la avenida. Los taxis pelean con las micros para ganar terreno en la calzada. Los ve alejarse rugiendo. Dan la roja, cruza la avenida sintiendo las miradas de los choferes. Huele un agradable olor a grano tostado y sigue su trayecto hasta comprobar que por fin los lienzos del edificio bombardeado no están. Los trabajos de reconstrucción han terminado.

Cómo gritaba la abuela al oír pasar los aviones aquella mañana del bombardeo y cuánto champagne bebieron juntas ese día... En aquellos años de fiestas de 'toque a toque' se

hablaba de hechos oscuros que ocurrían en alguna parte del país, lejos de ellas en todo caso.

Un grupo de oficinistas de terno y corbata se acerca por la calle secundaria, al verla venir los tipos abren un espacio, ella pasa y aspira una oleada de loción masculina. El pintor-poeta, suspira, y lo recuerda entrando temeroso a la casa de la abuela. ¡Para él también había sido la primera vez! Está segura, aunque él lo niegue. Toma otra calle lateral y avanza contenta. Observa las novedades en las vitrinas. Respira el aire fresco de la mañana estival. Desde la plaza vienen a sus oídos las notas de los instrumentos del orfeón de carabineros, preparándose para la inauguración del edificio de gobierno. Ya recibió la invitación. Cruza la calle, enfrenta el correo y se dice que nada ha detenido su avance en la vida. Entra al correo, hace señas a una funcionaria que le devuelve el saludo, tira la invitación para Susana al buzón y en la esquina compra el último número de una revista femenina al tiempo que tararea:

...y mis manos en tu cintura...

-Lo que necesito es mantener este...’sentido de posibilidades’... Le había dicho a su abuela, que no entendía cómo no se casaba aún.

‘Sentido de posibilidades’ sonríe al repetirlo ahora, ¿de dónde había tomado la frase?... continua con su paso alegre y llega a la punta de ‘su diamante’: su agencia.

Tras la puerta de su despacho, inclina hacia atrás el respaldo de su silla y suspira con satisfacción. Es verdad que está ubicada en el lugar preciso. Echa un vistazo a su agenda: la ceremonia de inauguración en la casa de gobierno. Una lista de generales la llamarán...sonríe. Sus negocios van viento en popa desde que hizo a un lado a su antiguo socio. Había sido necesario en un momento... se interrumpe para contestar un llamado, aunque después el asunto se tornó incómodo. Vuelve a contestar un llamado. Era de esperar que su ex socio se tomara una pequeña revancha. Qué desagradable había sido la situación en que se vio envuelta con aquella mujer gritándole ahí mismo en su oficina en medio de sus empleados (avisa a la secretaria que no le pase más llamadas) Pero debe solucionar el lío ese que le ha caído encima. No es que esté abatida con el hecho, no. Haber tenido que raspase. Había

sido un golpe, más que nada por esas nauseas persistentes que la llevaron donde el médico otra vez:

-Ráspame más, hay algo ahí todavía- le había dicho y él la había enviado donde un terapeuta.

¡Ella en terapia! Nunca. Y además estaba esa otra situación: había llegado su madre a instalarse en su casa. Una tarde la había encontrado tendida sobre la cama de la abuela. El vaso de whisky en la boca, el cigarro en el cenicero y su voz diciéndole que con sus setenta años, bastaba de viajes...

Al regresar a la casona de su abuela esa noche, recuerda la invitación enviada a Susana en la mañana... abre la ventana.

Le gusta oír ese bullicio anónimo e incesante de su ciudad.

Viene a su memoria el día que siguió al pintor entre calles atestadas de gente y autos.

- Por qué me sigues- le había dicho él al descubrirla y le había clavado una mirada de rabia contenida, de furia más bien, que ella no le había visto antes. ¿Qué habría sido de él?

Escucha ahora crujir el piso. Su mamá no puede dormir. Oye sus pasos. No tolera mirar su cuerpo deteriorado ni oler su tufo a alcohol.

-La vida terminó para mi... -le repite su mamá- lo que quiero es morirme.

SUSANA

Un perro duerme junto a la puerta de entrada, de la casa de Susana. Tras la pequeña ventana hay una luz encendida. Habiéndose despertado antes del amanecer Susana, sentada junto a la mesa recorre la sala, los asientos de mimbre frente a la chimenea, el viejo estante de libros de sus abuelos; más allá el comedor de cuatro sillas y la cocina con sus frascos de mermelada por todas partes. Se levanta, se prepara un café y vuelve a la mesa: desde afuera le llega el quejido de Coñac, su perro. Toma el lápiz y escribe por fin la invitación que hace días pensaba enviar. Agrega: a veintiséis de julio de mil novecientos ochenta y cuatro. Cierra el sobre y se asoma al zaguán.

-Tal vez Ximena y Romina puedan venir, no es cierto Coñac –murmura en el oído del perro.

Entra y prepara el desayuno para su padre. Coge la leche, el pan y va al refrigerador. Podrían venir, continúa diciéndose con una naranja en la mano al escuchar el rspido de las zapatillas de levantar de su papá.

Después del último ataque, le cuesta empezar el día. Cada vez despierta de peor humor. ¿Cuándo fue la última vez que lo vió activo, contento? Lentamente han ido desapareciendo su ímpetu, su cháchara.

Terminan el desayuno y respira aliviada al escuchar las primeras notas de la música que él ha puesto en la casetera: es lo que hace a diario un par de horas, o a veces toda la mañana. En este día en que Susana añora la presencia de sus amigas, vuelve a aflorarle la sensación de haberse equivocado, de haber defraudado a su padre. A él le habría gustado una hija rebelde y arriesgada como Ximena; o una joven seria y decidida como Romina, y ahí está ella, rutinaria, indecisa, predecible.

Toma el paño de cocina y seca los cubiertos, algún día tendrá la fuerza de preguntarle si ella está en lo cierto; algún día.

Cierra la puerta del estante de la loza. Un sueño la había despertado al amanecer: ella y su padre iban en bicicleta.

Conversaban a gritos. De pronto, ella dirigía el manubrio de su bicicleta hacia un costado. Avanzaba por un potrero y empezaba a jugar: una mano en el manubrio y el brazo contrario en alto; pedaleaba con un pie, levantaba el otro. Iba muy contenta hasta que escuchaba los gritos de su padre, preguntándole cómo había hecho para bajar al potrero, y ella le contestaba entre carcajas que él no podría hacerlo...

Las notas de la guitarra provenientes del dormitorio de su padre, vienen y van. No entiende ese 'tú no podrías hacerlo...'. Alguna vez le ha dicho a los niños que es bueno hablar de los sueños, lo ha leído por ahí...

Estira su mano y coge la correspondencia que el día anterior ha dejado sin revisar. La saludan por los logros alcanzados en la escuela; la electricidad ha subido más de lo esperado; la citan a una reunión en la municipalidad para resolver el asunto del puente cortado durante los inviernos... reconoce la letra de Ximena, sus cartas casi casi se cruzaron piensa y lee:

Querida Susana,

¿Qué tal si te vienes unos días a mi casa? Mi abuela se va a pasar una temporada con mi prima a la playa y me he

acordado de nosotras jugando en la arena... ¿Sigues en la búsqueda?

¿Búsqueda? Qué poco la conoce Ximena. Ya se ha enamorado...una vez. Una sola vez. El recuerdo, tal cual lo atesora le basta. No es un espacio que desee canjear. Permanecerá en su memoria, intacto, concreto y cercano. Aun cuando casi nada había ocurrido, ella seguirá esperando.

Él había llegado sorpresivamente y de la misma manera se había ido. Nunca se escribieron ni intentaron comunicarse después. Había aparecido un día, solo, en un viaje a dedo, recorriendo el sur. Se lo había encontrado en el pueblo. Iba con su mochila y se acercó a preguntarle si sabía dónde habría un alojamiento. Era muy alto. Se pasaba cada tanto la mano por la cabeza.

-Si quieres, puedes venir a nuestra casa –le había dicho ella con su modo suave- vivo sola con mi padre.

Habían sido cinco días de verlo salir de la ducha, con su pelo mojado, los mismos jeans, la camisa celeste y esa sonrisa de dientes blancos relucientes que la saludaba. Conversaban sin parar. Él le había leído unos poemas extrañísimos que ella no

había entendido. La última noche se habían quedado hasta tarde. Él de pronto la había besado y besado y besado y ella se había dejado. A la mañana siguiente la esperaba sobre el mesón de la cocina un poema escrito en una servilleta.

¿Buscar otra persona...? No. Ximena se reirá de ella y Romina dirá que es una soñadora, pero ella quiere mantener viva esta única experiencia de amor que ha vivido.

Abre la ventana, ¿lloverá, no lloverá? Mira el reloj, recién son las nueve de la mañana. Se pone de pie para cambiar las flores de los jarrones y prefiere dejarlo para más tarde e irse directamente a la escuela.

La floración de su manzano impregna el aire. Este año la cosecha de guindas será abundante, podrá hacer sus conservas y probará por primera vez con las cerezas al marrasquino. Escucha el barullo de las voces de los niños provenientes de la escuela. Apura su caminar de pata, balanceándose a lado y lado. Alcanza a llegar antes de que suene la campana. Cuando cruza el portón esquiva un pelotazo, recoge el balón y lo lanza de vuelta sonriendo. Una vez en la sala de clases, les anuncia que saldrán al bosque. Los niños alborotan y gritan hasta que

se dispersan entre los árboles bajo al pequeño claro que forman, cerca de su casa.

¿Buscar otro hombre...ella? Toma un puñado de tierra, surge una chinita que asoma sus patas de la caparazón colorida y recorre su mano. Escucha un griterío. El mayor pelea con varios pequeños. No es la primera vez. El peleador es el niño que ha debido recibir, el más alto. Se ha visto obligada a aceptarlo pero a ojos vista no encaja en el grupo. Se pone de pie y se acerca con calma a donde los niños alborotan.

-Él es el que pelea- gritan señalando al foráneo, Susana lo toma de la mano y se aleja con él:

-Hemos hablado ya varias veces, por qué sigues peleando-

-Ellos me molestan-le contesta con los hombros en alto.

-Pero tú eres el mayor...

¡Cómo enfrentar la situación! ya es hora de que la abuela del chico lo ubique en un lugar definitivo. La pobre mujer hace lo que puede, lo recibió de guagua, está esperando saber qué ocurrió con la desaparición de sus padres. ¿Es el momento de oponerse a recibirlo? Todavía no, se dice. Hará un nuevo esfuerzo, tal vez el chico se adaptará. Tal vez sólo dependa de ella, de la forma cómo lo aborde... ¿qué podría decirle para

conquistarlo? Pero no dejan de enojarla estos escollos, estas situaciones adversas que se le presentan. Por qué acudieron justamente a ella. Por qué no se dirigieron a otra escuela. Por qué siempre ella habrá de tropezar con lo difícil. Y, al mismo tiempo, de qué se queja ella que goza de salud, un trabajo, una familia, mientras los padres del chico... Toma asiento junto a su mesón de la cocina. Como están las cosas con los militares, la ausencia de los padres del chico puede perfectamente significar que estén muertos, ha escuchado de otros casos... y muertos quién sabe en qué circunstancias.

La abuela se vino de allegada en un terreno, no tiene medios. Ya le ha llevado comida y... qué más puede hacer. Se pone de pie, echa las verduras a la olla. Por otra parte, se dice, esparciendo un puñado de sal y una pizca de pimienta, es tan gratificante ayudar a esta anciana con su nieto abandonado. Echa un vistazo al reloj y aparece su padre con el rostro triste. Debe conversar con el niño que da problemas. Se lo ha prometido. En la última visita, la abuela del pequeño le ha enseñado una carta de petición que ha enviado al general, a quien le suplica que por el bien del niño necesita saber qué ocurrió con sus padres. Los ha buscado en cuarteles y en la

morge, le escribe. Su nieto tenía dos años cuando se los llevaron y hasta ahora los espera...no puede seguir teniéndolo.

Susana camina otra vez hacia la escuela, habla con la profesora, saca al niño problema de la clase, lo toma de la mano y al dirigirse a su casa se cruza con su papá que camina torpemente en dirección contraria.

-¡Como en los viejos tiempos!- le dice él, levanta el bastón y se aleja.

Coñac a penas la ve venir agita la cola:

-¡Coñac! Te presento a ...- el perro se levanta y empieza con su conversación. Susana observa cómo el niño se divierte y ella lo anima a que lo acaricie. El perro meneaba la cola y las caderas mientras el niño lo sigue acariciando.

-Cuando Coñac llegó venía lleno de pulgas, hambriento y herido. Lo habían botado, pensamos que se moriría. Lo curamos, lo alimentamos y él nos conversaba como ahora, no pudimos dejar de invitarlo a vivir con nosotros...

El pequeño fija sus ojos en ella. Ella lo observa y un escalofrío recorre su cuerpo: es lo que debo hacer, se dice a la vez que escucha:

-¡Señorita Susana, señorita Susana, su papá!-

ROMINA

Después de la fiesta en la que ha conversado con Ximena, al descender del taxi, Romina revisa su bolso: otra vez ha olvidado las llaves; aprieta el botón de la conserjería. Quiere revisar el libro que había estado hojeando antes de salir. Algo se armaba en su cabeza ¡algo que no podía esperar! Introduce la mano en el bolsillo de su pantalón y extrae una boleta. Garrapatea unas palabras. No era eso. Ya no podrá recuperarlo, pero fue bueno ver a Ximena unos minutos... se tira en el sofá. Ximena y Susana, se dice, un espacio tibio, amable que desplaza ese sentimiento porfiado que busca resquicios en su cuerpo y en su ánimo, el que puede llegar a sucumbir.

Coge uno de sus libros. Muchas veces la lectura le devuelve el entusiasmo. No es la ocasión. Ha perdido el momento. Deja sus piernas sobre los brazos del sofá...

Aquella última vez que estuvo con Ximena y Susana, cuando la visitaran en su casa en el sur Ximena había ido con su socio ...¿o amante?¿Qué hacía él, era corredor de autos o de

caballos...?, trata de recordar y le viene a la memoria la imagen de Susana, sentada en la punta de la silla pidiendo un agua mineral...

Se pone de pie, enciende la radio, va por un agua de yerbas y vuelve al sofá. Aquella había sido la etapa de su vértigo y la necesidad de ser única, original y no la que se sentía ser: temerosa, insegura y vigilante.

Apaga la luz y se recuesta con la mirada fija en el techo. Tiene el cuerpo duro, alerta. Como si de un instante a otro pudiese sobrevenir una catástrofe. El insomnio la acompaña desde joven. También la necesidad insatisfecha de unirse a otro cuerpo, a uno que le de confianza, que respete sus demarcaciones, esa valla circular que tiende para protegerse. Ahí se siente a sus anchas. Nada interfiere dentro.

Transmiten un concierto de piano. Aumenta el volumen. Se deja llevar por las frases. Imagina las manos sobre el teclado. La fuerza inquietante y a la vez apaciguadora del sonido le provoca una gran calma.

Estira el brazo y coge un cuaderno del grupo que está apilado en desorden en un rincón, enciende la luz, es su cuaderno número quince. Abre la primera página:

“Todo lo que me conmueve. Rostros. Calles que terminan; autos que pasan y autobuses; estaciones y llanuras; ríos y mares; riachuelos y arroyos; árboles y bosques. Campos y fábricas, y de nuevo caras; comida; interiores, puertas y ventanas, la preparación de la comida...”

Chantal Ackerman, video instalación de 25 monitores encendidos al mismo tiempo.

Aquello de lo que habla Ackerman (y que ella ha adoptado como propio) surge a veces desnudo, se dice. Ella debe ir colgándole, adhiriéndole empastos; o al revés, ir despejando, quitando hasta llegar a un fondo desde donde emana otro y otro. Es lo que le pasa en este momento en que vuelve a apagar la luz y otra vez va siendo conducida por el sonido del piano. Cada nota la hace avanzar hacia abajo y más abajo. ¿Es este ir adentrándose en las propias capas lo que finalmente quiere traducir?

De pronto despierta confusa. Ha debido dormir un par de horas tendida en el sillón. Le duele la espalda. Recuerda haber escuchado un centenar de puños dando contra un bulto. Se despereza: sí, eran golpes contra un cuerpo.

Levanta la mirada: entrará la luz dentro de poco. Va a la cocina, se prepara un café y abre su cuaderno de notas. Deja su café, toma el lápiz y registra en su cuaderno:

Un motor se enciende y el sonido se aleja; el auto avanza sobre un plano horizontal; sobre el mismo, un grupo de personas camina penosamente. La superficie por donde van es como las plataformas deslizantes de los aeropuertos. Las personas parecen dirigirse hacia el vértice donde se levanta un muro desnudo. De pronto y desde atrás del muro aparece un sonido de pasos apresurados. Es el ruido de zapatos que se mueven sobre una calzada. Muchas calzadas se entrecruzan y sobre todas hay personas huyendo... Al final y perpendicular a ellas empiezan a levantarse otros muros. Cada uno es grueso, enorme y oscuro. De ellos surgen sonidos de golpes. Las personas siguen avanzando pero de manera más lenta. Ahora otro sonido las dispersa...

Agrega la fecha, cierra el cuaderno. Va por las fotos tomadas por ella al año siguiente del bombardeo a la casa de gobierno. Había sido muy arriesgado de su parte ir a tomarlas. Había vuelto por unos certificados al que fuera su liceo, ubicado en la parte trasera y dentro del recinto del estadio nacional. El

liceo era un establecimiento de vidrios rotos, patios de tierra y alumnos provenientes de poblaciones marginales. Lo había elegido en desacuerdo con su mamá, para terminar su educación secundaria.

-No sacarás nada en limpio, no es tu ambiente, tú no eres marginal, no somos marginales- le había dicho su mamá, pero ella había insistido y se había cambiado. Necesitaba conocer la miseria desde adentro, eso le había contestado. Ahora piensa que gracias a aquella decisión suya tiene las fotos: un testimonio de los detenidos en el estadio.

Los había visto por única vez, el día aquel que fue por los certificados a su liceo. Caminaba por la explanada de tierra del lado sur del estadio. La ancha barra de tierra limitaba en su costado norte con una reja alta y al lado sur con una calle pavimentada que corría paralela a las casas de una población. Al pasar ella hacia el liceo, unos soldados armados de metralletas conducían una fila de personas hacia un muro, dentro del estadio. Un par de horas más tarde, cuando ya venía de vuelta, esas personas estaban envueltas en frazadas, de pie, con sus rostros mirando hacia el muro. Los soldados los

observaban y les ordenaban cada tanto distanciarse y permanecer quietos.

Ella había querido gritar, reclamar, llamar la atención. Pero nada de eso hizo. Simplemente había enderezado su cuerpo tembloroso y unas horas más tarde, decidió volver con su cámara. Tocó el timbre en una de las casas de la población y abrió la puerta aquella pobladora amable. Con las tomas ya en su cámara observó atónita el jeep que se detenía frente a ella: -Te llevamos a tu casa- dos soldados la invitaban.

Las calles todavía permanecían vacías. Si se negaba sospecharían de ella, de modo que había apretado su mochila con la cámara contra su costado y había subido al jeep que la había dejado a cuerdas de la casa de su madre.

Fin de la dictadura militar, lee Romina en el quiosco. Se acerca y escucha los comentarios de un grupo de personas apostadas junto a los periódicos. Hablan en voz baja acerca de los cálculos del no. Así es que los militares finalmente se irán, se repite incrédula, caminando hacia su casa. ¿Será cierto, dejarán el poder y convocarán a elecciones? Atraviesa la calle. Cuánto tiempo permanecerán las voces en baja. Cuántos años más con la huella del terror ahí pujando por

salir, piensa, cuando abre la puerta de su departamento. Viene recorriendo el vecindario a pie. Ha caminado unas cuántas cuadras y no sabe por cuál espacio decidirse: una bodega o el lugar donde un grupo de artistas la ha invitado. Se pregunta si los metros que le ofrecen serán suficientes para contener su desorden sumado a los objetos que guarda. También se cuestiona si los ‘otros’ artistas de la casa no la terminarán hartando.

Se sirve un vaso de jugo, abre la ventana, así es que los militares se irán, habrá que verlo, piensa y observa su pequeño patio. Su departamento enfrenta una calle muy transcurrida. Es un primer piso que cuenta con una diminuta terraza y un jardín minúsculo. Ese pedazo de tierra le había parecido al principio un paraíso, pero al pasar del tiempo se ha ido transformando en una bodega abierta. Sí, eso es lo que es ahora, se dice, sentándose en la hamaca que va desde su ventanal hasta la reja cubierta por una hilera de bambúes.

Si opta por el taller sola y rechaza la invitación, discurre bamboleándose en la hamaca, podrá llevarse esas bicicletas desvencijadas; las sillas rotas que ubicó en altura; las escalas de tijera...

Había sido la lectura de “Al Faro” de Woolf lo que la había llevado a... bajándose de la hamaca va por el libro. Busca entre los textos dispersos que tiene por todas partes hasta que da con él, lo abre en la última página y lee... (a Lily Briscoe):

‘...trazó una línea justo en el ‘centro’ para luego dejar caer el pincel en un ademán de extrema fatiga, reflexionó: “Bueno, ya está, he tenido mi visión”.

Deja el libro a un lado, enciende la radio y mira de reojo el óleo en el que trabajaba. ¿Estaría terminado? Se acerca, lo observa con detención. Nada que agregar se dice, lo apila en medio de otro grupo y decide aceptar la invitación de los artistas.

EPILOGO

El tren se detiene en la estación. Algunos pasajeros se ponen de pie y toman sus bultos. Otros, sin moverse de sus asientos, se despabilan y vuelven a acomodarse. Romina coge su bolso del compartimento en altura y avanza por el pasillo, ¿no es el rostro de Sara, aquel de la mujer con la cabeza reclinada? Ausente a la detención del tren, gira ahora sus ojos hacia la ventana y luego vuelve a su lectura. Romina pasa por su lado y lee: *Comedia del arte*, Adolfo Couve.

Ximena abre la ventanilla y hace señas a Susana, quien se abalanza hacia el vagón buscándolas en medio del grupo de personas que ya desciende la escalinata.

-¡Qué bueno tenerlas aquí... -exclama con voz entrecortada.

Las tres mujeres se abrazan y sonríen.

-¡Han pasado tantos años! -subraya Romina con los ojos vidriosos-. Treinta y...cuántos, desde la última vez ...-gira su rostro hacia Ximena.

- ¡Ni tantos! - lanza Ximena y se distrae al advertir las líneas que marcan el rostro de Susana: en la frente, junto a los ojos,

también alrededor de la boca. Se roza su propia cara y observa otra vez el rostro de Susana.

-Ha sido bueno venir en tren- sonríe Romina con la mirada en la vieja estación, en cuyo fondo, una pareja de ancianos vestidos de oscuro se aleja balanceando sus cuerpos al unísono. Como sus padres, piensa, ahora que en la vejez han vuelto a vivir juntos.

Los ojos desmesuradamente abiertos de Susana parecen suplicar algo y Romina agrega:

-No adivinan quien venía en el tren con nosotras...

Sin escucharla, Ximena y Susana caminan hacia el estacionamiento.

Una vez en la casa de Susana, Romina inspecciona el viejo estante a un costado de la mesa del comedor: coge un portarretratos donde aparece en distintas celebraciones Susana y el niño que adoptó, luego descubre una foto en blanco y negro: las tres posan en primer plano y como saliéndose del encuadre, a penas visible, reconoce una parte del rostro de Sara atrás del ciprés.

-¿Se acuerdan de Sara?- Romina se gira con el retrato en la mano.

-¿Sara...? –pregunta Ximena con cara de extrañeza.

-Sí... claro –contesta Susana- la ‘niña nueva’ esa que nos espiaba y nos perseguía, la que vino un solo verano...

- ¿‘Niña nueva’... cómo era? -pregunta Ximena.

-Casi no la conocimos- responde Romina – Venía en el tren con nosotras hoy... y me la había encontrado en una charla hace unos años atrás. Si no es porque se acerca entonces y se presenta, no la habría reconocido. Esa vez, me dijo que estaba escribiendo sobre aquel verano en que habíamos coincidido las cuatro en la casa de la playa, el año del ahorcado, ¿recuerdan?

-Nunca me olvidé de aquella historia- agrega Susana, echando un suspiro muy sentido- conversábamos en la noche, imaginábamos...

-Ustedes... yo trataba de dormir...- agrega Ximena.

-Estábamos intrigadas con esa historia –responde Romina acomodándose en el asiento.

-¿Intrigadas? Yo quedé aterrada- precisa Susana- Soñé con ahorcados mucho tiempo.

- ¿Tanto? - pregunta Ximena sorprendida- Si ustedes no nombran la historia yo no habría vuelto a recordarla...

-Sara me dijo que su último relato partía desde ahí...-agrega Romina.

-¿Desde el ahorcado? Para qué ahondar en eso... –observa Ximena- hay tantas cosas para contar sobre la vida. Como este encuentro, por ejemplo.

-¿De verdad crees que *esto* –Susana marca un círculo en el aire- es apropiado para *escribirlo*, ¡si aquí no pasa nada!

-Te acuerdas, Ximena, cuando besaste al chico ese...- pregunta de pronto Romina.

- ¡Pero si no lo besé! - dice Ximena en medio de una carcajada.

-No puede ser...-exclama Susana- si te escuchamos...-

-A las tres nos gustaba ese niño, pero sólo tú te atreviste a besarlo, Ximena- agrega Romina.

-No lo besé. Le saqué la lengua. Lo ví ahí escondido y me dije: ‘él me espera a mí, lo dejaré esperando’- responde Ximena y vuelve sus palmas hacia arriba.

-¿Eso hiciste? –pregunta Susana con asombro pero Ximena en vez de responderle, pregunta:

- ¿Alguien sabe qué fue de esa mujer, la que nos cuidaba?

-Sara la había ido a visitar antes de empezar con su novela. Vivía aún en la casa de la playa, dedicada a cuidar los peces de un acuario. A propósito... ¿qué fue de...? No recuerdo su nombre- mira a Ximena.

-Te refieres a mi socio, supongo, o a...- mueve los ojos a lado y lado- En realidad hubo otro... en esos tiempos, un pintor...y poeta Él me gustó de verdad. Ha sido el único que hasta ahora me enamoró.

-¿El único que “te”... enamoró?- recalca Romina.

-Si, me hizo perseguirlo varias veces- agrega Ximena.

-¿Y...qué pasó con él...?- pregunta Susana.

- Desapareció- contesta Ximena.

-Desapareció... ¿lo tomaron preso y eso? - Susana salta horrorizada.

-¡No!- exclama rotunda Ximena –no supe más de él. Gira sus ojos hacia Romina y la ve radiante. ¿Qué nuevo misterio la tiene así?

-¿Les parecería bien un paseo? Más tarde lloverá...- interrumpe Susana, mientras Ximena asomada a la pequeña ventana divisa el edificio de la escuela.

- Y te gusta tu trabajo, Susana- pregunta Ximena.

-Sí, mucho...-contesta Susana, abre la puerta y salen a caminar.

-¿Te hace... feliz?- insiste Ximena.

-Qué es ser feliz, quién sabe...-interrumpe Romina. Saca su cámara del bolso, enfoca, corre. El flash se dispara y los tres rostros quedan grabados.